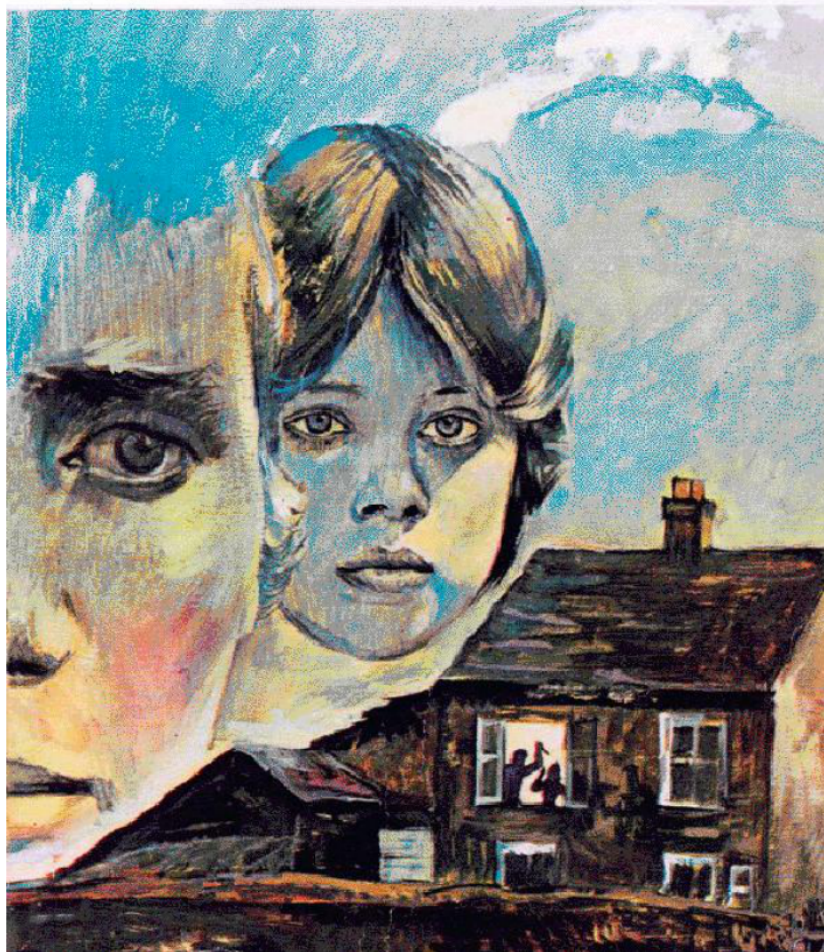


las mironas

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LAS MIRONAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 714
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 39.066 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1975

© Silver Kane - 1975

texto

© Jorge Nuñez - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y la; viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.322. — Loa muertos lo pasaron en grande.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

695. — Trescientos mil dólares.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

313. — Los caraduras de Texas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

44. — El fuego del Averno.

En Colección BRAVO OESTE:

780. — Los muertos de la luna llena.

CAPÍTULO PRIMERO

Margit Sims no podía creerlo. Margit Sims estaba al borde del horror, del paroxismo. Estaba al borde de un *shock* que la haría caer a tierra como un fardo, perdido el conocimiento.

¿Pero era posible que aquello pudiera ocurrir? ¿Era posible que se matara a alguien delante de una ventana, como para que lo viese todo el mundo? ¿Iba ella a presenciar un asesinato SIN PODER HACER NADA?

Alzó el cuerpo todo lo que pudo.

Sus ojos estaban desencajados.

La pierna enyesada le impedía moverse o salir de la cama. Aferrándose al soporte que le servía para cambiar de postura, Margit Sims se levantó todo lo posible.

Y así pudo ver perfectamente, por la ventana que tenía delante, lo que estaba ocurriendo al otro lado de la calle.

Era una calle tranquila, apacible, perteneciente a la zona universitaria de Boombury College. Sólo dos edificios en ella, uno frente al otro. Y, entre ambos, los altos robles que bordeaban la calle y daban majestad al paisaje, aquellos robles que ella se había acostumbrado a ver desde que era una niña.

Con los ojos desencajados siguió mirando. Siguió presenciando el crimen... ¡Sin poder hacer nada! ¡Sin poder siquiera chillar, porque sabía que en el edificio no la oiría nadie!

El sitio en que se encontraba era la Residencia para Alumnas Externas. Ahora estaban vacíos sus cinco pisos de austero ladrillo rojo. Enfrente se encontraban los laboratorios, las salas de descanso y los gimnasios, también en otro edificio de cinco pisos de ladrillo rojo. Y era allí precisamente donde aquella escena fantasmal, donde aquellos hechos increíbles, estaban ocurriendo.

Margit lo veía perfectamente.

La señorita Robinson había entrado en una de las salas del

gimnasio, justamente aquélla cuya ventana estaba situada frente a la ventana de la habitación de Margit al otro lado de la calle. La perfecta iluminación del local permitía ver muy bien todo lo que hacía la señorita Robinson, una de las profesoras de educación física del centro.

En primer lugar, había avanzado hacia el extremo de la sala.

No era lógico que la profesora se dirigiese al gimnasio a aquellas horas de la noche, pero al fin y al cabo estaba en sus dominios, de modo que tampoco resultaba tan sorprendente. Al menos cuando Margit la vio aparecer encuadrada en la ventana no se sorprendió en exceso.

Pero las cosas fantasmales e increíbles sucedieron unos instantes después.

Como, por ejemplo, la aparición repentina de aquel hombre.

Aquel hombre vestía enteramente de negro. Llevaba una túnica larga hasta los pies, que le daba un cierto aspecto de inquisidor de la Edad Media. Aquél solo hecho hubiera bastado para convertirle en un personaje de historia de horror, pero había más detalles de pesadilla. Por ejemplo, la capucha, también negra, aquella capucha que le cubría el rostro por completo, dejando solo dos aberturas para los ojos.

Margit gimió.

Se había llevado los dedos a la boca para tenerla abierta, porque de lo contrario se hubiera ahogado. Vio que aquel fantasma negro se acercaba a la señorita Robinson. Vio también que ella trataba de huir.

Seguramente chillaba.

Chillaba hasta desgañitarse en el gran edificio vacío donde a aquellas horas de la noche no podía oírla nadie.

Y donde tampoco nadie podía verla, excepto Margit Sims. Pero Margit Sims la veía por pura casualidad... ¡y tampoco podía hacer nada!

En la derecha del encapuchado brillaba un cuchillo. Margit, que en años anteriores había leído muchas historietas de horror, estaba acostumbrada a escenas semejantes, pero en la pura fantasía. Jamás imaginó que las pudiera ver en la realidad. Y, sin embargo, aquello estaba ocurriendo ahora... ¡y delante de sus ojos!

El cuchillo se hundió dos veces en la garganta de la señorita

Robinson.

Brotó la sangre.

Fue un chorro alucinante que pareció saltar hasta los ojos de Margit, a pesar de la distancia.

El grito de Margit llenó la noche.

Pero nadie la oyó.

Excepto la portera de la planta baja, que no se enteraba de nada, estaba ella sola en el gran edificio de ladrillo rojo.

Desesperadamente intentó saltar de la cama.

Ahora veía con ojos desencajados cómo el encapuchado arrastraba el cadáver por el suelo del gimnasio. La vista de Margit era lo bastante perfecta para darse cuenta de que dejaba un doble rastro de sangre.

No pudo más.

Volvió a chillar con todas sus fuerzas, aun sabiendo que no la oiría nadie.

Y trató de saltar de la cama para pedir socorro, pero la pierna inmovilizada por el yeso se lo impidió. El dolor fue violentísimo, tanto que pareció por un momento que se le volvían a partir los huesos.

Margit Sims perdió el conocimiento.

Sus ojos desencajados, terriblemente blancos, aún parecían mirar hacia la ventana cuando perdió el sentido.

El canto de los pájaros que durante dos días habían llegado hasta su ventana la despertó. Margit se frotó los ojos entonces y se dio cuenta de que todo era distinto, de que las cosas ya no tenían aquel aspecto irreal y casi alucinante de la noche. La luz entraba a raudales por la ventana, los pájaros buscaban las migas de pan que ella solía dejarles, y desde la calle llegaba el ronroneo de algunos coches y camionetas de reparto. La normalidad era absoluta. Era esa normalidad rutinaria de los días en que no pasa nada.

Margit se dio cuenta de que estaba doblada extrañamente sobre la cama. La pierna rota se encontraba en mala posición, pero ya no le dolía. Como una sonámbula, miró hacia la ventana de enfrente y ya no vio nada. Es decir, vio lo de todos los días: el ambiente rutinario y tranquilo del gimnasio, al que durante las vacaciones de Semana Santa, en que se encontraban ahora, no acudía nadie.

Ni rastro de la señorita Robinson o de su fantasmal asesino;

nada.

Todo parecía haber sido un sueño.

La puerta se abrió entonces y entró el doctor Gost. El doctor Gost, médico titular cíclica la residencia universitaria de Boombury, llegaba de mala gana, porque la lesión de Margit y un par de enfermas más sin demasiada importancia le habían impedido pasar sus vacaciones fuera de allí, como tenía proyectado. Estaba ansiando dar de alta a la muchacha, de modo que dijo:

—¡Vaya! Ya veo por su cara que se encuentra mejor.

La verdad era que la cara de Margit resultaba de funeral, pero no se puede pedir a un médico mal pagado que encima se fije en los enfermos.

—Doctor...

—Hola, ¿qué hay?

Andaba distraídamente por la habitación, mirándolo todo. Luego dirigió un vistazo a los robles del paseo solitario, y sólo en el último instante se fijó en la pierna lesionada de Margit. Palpó los dedos y dijo:

—Sí, sí... Definitivamente, esto marcha mejor. Tres días de inmovilidad le han sentado bien. La dejaré andar con un bastón para que pueda volver junto a sus compañeras, en el edificio principal.

—Doctor...

—¿Quería decirme algo?

—Lo estoy intentando... ¿Por qué no dejan a nadie en este edificio durante la noche?

—¿Cómo que a nadie? Hay una portera abajo.

—Pero no tengo timbre para llamarla. No me oye, si a mí me pasa algo.

—¿Y qué va a pasarle, estando usted quieta aquí?

La muchacha no contestó. Hubiera podido decirle tantas cosas que no valía la pena. Pero se leía el terror en sus ojos, y el médico se fijó al fin en eso. Con voz benévola indicó:

—En fin, éste es un edificio provisionalmente deshabitado, ya sabe. La enfermería está en obras durante las vacaciones, y por eso decidí trasladarla aquí, donde estaría del todo tranquila. ¿Pero es que ocurre algo?

—Doctor, necesito llamar a la policía.

El doctor la miró con curiosidad y al mismo tiempo con sorna.

—No me dirá que alguien ha intentado entrar para hacerle daño —dijo—. La portera ha estado en su sitio toda la noche.

—No, no es eso. Es que he visto un... un asesinato.

Gost arqueó una ceja.

—¿Qué dice? —balbució.

—Han matado a la señorita Robinson. Lo he visto a través de la ventana.

—¿Dónde la han matado?

—¿Es que no me cree, doctor?

—No digo que la crea o no. Al contrario, sus palabras tienen mucha importancia para mí. ¿Dónde la han matado?

—En el gimnasio. Lo he visto a través de la ventana.

—¿A qué hora?

—No sé... Debían ser las dos de la madrugada, más o menos.

—¿Y no ha hecho usted nada?

—¿Qué podía hacer con la pierna enyesada y sujeta con un cable al techo? Me he desgañado de chillar, pero cinco pisos más abajo, no me ha oído nadie.

Los ojos del doctor Gost brillaron un momento. Se le notaba preocupado por lo que acababa de oír. Sin hacer ningún comentario, soltó el cable del techo, sujetando con cuidado la pierna lesionada, y la dejó descansar sobre la cama.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí, mejor. Pero...

—No es una rotura, como temí al principio, sino una simple fisura —dijo—. Mire, creo que puedo autorizarla a andar con el bastón que le di el primer día. A ver, pruebe.

Ella deseaba andar más que cualquier otra cosa en el mundo, porque estaba aterrorizada y necesitaba salir de allí. De modo que apoyó la pierna en el suelo, usó el bastón, vio que se defendía y dijo:

—Sí, creo que estoy bien.

—Descanse junto a la ventana hasta que yo venga a buscarla.

—¿Me acompañará a la policía?

—Por favor, confíe en mí y no tema nada. Volveré a verla dentro de muy poco.

Ella se dejó caer en una butaca, junto a la ventana, mientras

miraba como alucinada el edificio donde estaban los servicios generales y el gimnasio, El hueco por el que la noche anterior presencié el asesinato mostraba los soportes de las pesas, las paralelas, las cuerdas y el piso vacío. Ni rastro del criminal o de su víctima. Por otra parte, cerca de ambos edificios había un movimiento que podía considerarse normal, como si nadie hubiera visto nada ni hubiese notado nada.

Todo el conjunto del Boombury College cambiaba mucho durante las vacaciones del verano o de Semana Santa. En el solemne edificio gótico que ocupaba la parte central no se daban clases, y únicamente algunos operarios repasaban la pintura y los suelos. Las naves donde dormían las alumnas que estaban cursando estudios universitarios se hallaban vacías, a excepción de una docena de chicas pobres que tenían beca estatal y se quedaban allí en vacaciones, porque no tenían familiares ni sitio adónde ir. La enfermería estaba siendo repasada a fondo. En resumen, en lo que antes había sido un núcleo de animación, sólo se mantenían los servicios indispensables en medio de un gran silencio y casi de una gran tristeza.

La muchacha contempló el edificio gótico, los dormitorios sombríos, los parques con un césped tan oscuro que parecía casi negro. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que aquél era un lugar siniestro? ¿Cómo no había pensado que era un sitio ideal — sobre todo en vacaciones— para cometer un asesinato?

Esperó con los nervios en tensión a que viniera el médico. Sabía que ahora, al menos, no corría ningún peligro, y que todo llevaba camino de resolverse. Pero, al mirar mejor por la ventana, sus nervios sufrieron otra terrible, otra espantosa sacudida.

Porque delante del edificio del gimnasio se estaba concentrando un pequeño grupo de personas. Eran exactamente seis, entre las cuales estaba el doctor Gost. Todos parecían muy circunspectos, muy modositos, muy tristes.

Y entonces empezaron a suceder las cosas increíbles.

Las cosas alucinantes. Imposibles.

Y además sucedieron en cadena.

Ante todo, llegó un coche funerario.

De él descendieron un ataúd.

Lo metieron en el edificio donde ella había visto cometer el

crimen.

Todos lo siguieron. La calle quedó vacía, a excepción del chófer del vehículo funerario, que se dedicaba aburridamente a mascar chicle.

Poco después sacaron el ataúd entre cuatro.

Debía estar lleno. Se notaba que pesaba.

El doctor Gost era uno de los porteadores.

Antes de colocarlo en el coche itinerario lo abrieron.

Y la muchacha pudo verlo perfectamente.

Lanzó un gemido de horror.

Porque dentro estaba el cadáver de la señorita Robinson.

Luego cerraron la tapa —todo eso en público y a la perfecta luz del día—, colocaron el ataúd en el furgón y se situaron detrás para acompañar la comitiva.

Ésta, entre los dos edificios y bajo una fina lluvia que empezaba a caer, desfiló lentamente.

CAPÍTULO II

Margit Sims sintió angustia, sintió vértigo; con todas sus fuerzas intentó alzar la ventana cerrada para chillar su miedo, pero no pudo. La ventana de guillotina había quedado encallada a causa del mucho tiempo sin usarla. Desfallecida, pegó la frente a los barrotes, mientras sentía un extraño ronquido que venía del fondo de su propio pecho.

Pero no podía permanecer quieta allí. Era un complot siniestro, un complot increíble; y ella sería la próxima víctima porque sabía demasiado. De modo que empezó a andar apoyándose en el bastón y temiendo caer en cualquier momento.

Llegó al descansillo.

Una vez allí, vaciló.

Las escaleras le produjeron una espantosa sensación de vértigo.

Iba a rodar como un plomo, lo que quizá hubiera producido su muerte, cuando aquella mano la sujetó. Era una mano que parecía haber surgido del aire. La muchacha se volvió como una alucinada para ver el rostro del profesor Walcott.

Walcott era uno de los profesores más jóvenes que había allí, tan joven que no le hubieran dejado enseñar en una residencia universitaria de señoritas de no haber venido acompañado por su esposa. Se rumoreaba que había sido expulsado de una universidad norteamericana por un conflicto político, pero él no hablaba jamás de eso. Lo único que sabían las alumnas era que sus clases de Historia Moderna eran las únicas un poco entretenidas que se daban en todo Boombury.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó él.

—Profesor Wal...

—Margit, ¿se encuentra bien?

—Por favor, ayúdeme.

—Creí que tenía usted la pierna rota y que la habían

inmovilizado aquí.

—El doctor Gost se acaba de dar cuenta de que no es tan grave como pensaba y me autoriza a andar con mi bastón. Pero, por Dios, ayúdeme... Necesito avisar a la policía.

—¿A la policía? ¿Por qué?

—Han cometido un asesinato.

—No me diga...

—Por favor, créame... No me he vuelto loca de repente. Usted sabe bien que soy una alumna razonable.

—Claro que lo sé. Va a tener sobresaliente este curso. Su trabajo de investigación sobre Bismarck fue sencillamente asombroso.

—Déjese de Bismarck, profesor. Han matado a la señorita Robinson y el doctor Gost está de acuerdo en eso.

—¿El doctor Gost?...

—Sí, es un complot increíble y monstruoso. *Todo el mundo está de acuerdo...* Usted es la única persona en quien puedo confiar.

—Oiga, nunca habían pasado tantas cosas aquí durante las vacaciones de Semana Santa...

—Por favor, le ruego que me crea. Le estoy diciendo la verdad.

—¿Y va a avisar a la policía?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—De acuerdo, de acuerdo... La acompañaré en seguida. Pero permítame. El ascensor también lo están repasando y usted no puede bajar cinco pisos de este modo.

Y la sujetó por debajo de las piernas y por la cintura. Margit tuvo una sensación extraña en su intimidad, porque jamás un hombre que le gustara tanto la había sujetado de aquel modo. Antes de que se diera cuenta ya habían descendido los cinco pisos, y sin aparente esfuerzo por parte de Walcott, pese a que ella no era un peso liviano.

La portera estaba en su garita. Leía el último número del *Times*, recién llegado en el tren correo de Londres. Apenas les dirigió una mirada superficial antes de volver a sumergirse en la sección de Bolsa. Tenía doscientas libras invertidas y se sentía una capitalista importante.

—La dejaré en el despacho para que llame usted misma —dijo Walcott mientras ayudaba a Margit a ponerse en pie—. Entre. Yo vuelvo dentro de un instante porque necesito aplazar una cita que

tenía con el director.

Y la hizo entrar.

Margit avanzó pesadamente, apoyándose en su bastón, por aquel despacho que conocía muy bien y donde ahora había solamente unas cuantas mesas destartaladas y vacías. Pero el teléfono se encontraba allí, y eso era lo que ella necesitaba ahora. Vio de espaldas a una mujer que estaba anotando algo en un libro.

—Por favor —dijo ella atropelladamente—, necesito la guía telefónica.

—¿Qué guía? ¿La de aquí o la de Londres? —preguntó volviéndose, con un gesto casi aburrido, la señorita Robinson.

CAPÍTULO III

Walcott entró en la casa que compartía con su mujer en el linde sur del campus, junto a las pistas de tenis. Era una pequeña casa inglesa con jardín, dulce y apacible, que parecía hecha a propósito para ver pasar las estaciones, para oír en paz a Haendel, leer a William Irish o a Simenon, cuidar de un perro y cultivar en un macizo de flores algunas variedades exóticas. Un viejo profesor hubiera podido encontrar allí la casi absoluta felicidad; pero Walcott no era un viejo profesor, sino todo lo contrario. En vez de oír a Haendel oía a Gerswin, y en vez de leer a Simenon o William Irish preparaba una tesis sobre los escritos económicos de Lenin. Tampoco cultivaba ninguna variedad exótica de flores, pero al menos tenía un perro. Algo es algo.

Entró en la casa y vio a su mujer.

Ella estaba pálida como siempre, quieta como siempre, con la mirada perdida como siempre. Aún no se había sobrepuesto a aquello. Aún era como una sombra que en cualquier momento iba a desaparecer, dejando solo un recuerdo de soledades y de silencios. Había en ella algo de reloj hermoso, pero parado, que ya no va a andar más.

Ni siquiera alzó la mirada al oírle entrar.

El dijo con voz opaca:

—Te prepararé café.

—No hace falta —susurró la mujer, moviendo los labios con esfuerzo.

—¿No hace falta? ¿De veras no lo quieres?

—Ya me han dado la noticia, Wal.

—¿Qué noticia?

—Te han visto llevando a una alumna en brazos. Salías de su dormitorio.

El se sentó frente a la mujer y la miró con fijeza. No mostró

enfado ante aquella acusación, que era injusta, ni trató de defenderse. Parecía haber en sus gestos un gran cansancio. Con voz que quería ser tranquila preguntó:

—Por favor, Ingrid, ¿qué nos ha pasado a los dos? ¿Por qué no podemos remontarlo? ¿Qué estamos haciendo de nuestra vida?

—Sabes perfectamente que nunca debimos venir a este sitio. Un colegio universitario femenino es lo último. La mitad de tus alumnas están enamoradas de ti.

—Maldito el caso que les hago; yo tengo otras preocupaciones. Y además, tú sabes bien que eso no es cierto. Lo que ocurre es que soy el único hombre algo joven que hay en este maldito museo de la muerte.

Y se puso en pie mientras, de todos modos, iba a preparar algo para ella. La mujer le siguió con su mirada quieta, temerosa, un poco furtiva. Era una muchacha de gran belleza y en otro tiempo hubiera podido aspirar a cualquier título por la gracia de su rostro y la perfección de su cuerpo. Pero ahora estaba algo desmejorada y había perdido unos kilos. Había momentos en que, pese a su belleza, parecía tan sólo una dulce sombra.

Walcott vio entonces el retrato.

Un niño sonriente.

Una imagen perdida en el fondo del tiempo.

Unos ojos que le miraban desde el vacío y que ya pertenecía a la nada.

—Creí que lo habías guardado —musitó.

—Lo guardé, pero he necesitado verlo otra vez.

—Ingrid..., todo tiene un límite. He dicho que me fui de Estados Unidos por un asunto político, pero en realidad nos fuimos por Robert, por el recuerdo obsesionante de Robert. Quisimos cambiar de ambiente, y en realidad no hemos logrado nada. Tienes que acostumbrarte a la idea de que Robert está muerto y ya no podemos hacer nada por él. *¡No podemos hacer nada!...*

En los ojos de Ingrid brilló una chispita agresiva. Musitó:

—Si no te hubieses metido a detective, no le habría pasado nada.

—Quise ayudar a un amigo, Ingrid. Quise ayudarle a descubrir quién era el asesino de su mujer.

—Pues tenías que haberle preguntado antes si había dejado

algún asunto pendiente con la Mafia, a la cual pertenecía. Tenías que haberte dado cuenta de que aquello había sido una venganza para que guardara silencio en ciertas cosas. Pero no... ¡No! Tú siempre tan noble, tan quijote, tan desinteresado, tan metomentodo. En vez de darte cuenta de que la propia policía se apartaba del asunto, buceaste hasta el fondo para saber qué pasaba. Y no es que la policía fuera tonta, no... ¡es que la policía veía más lejos que tú y calculaba las consecuencias! Cuando recibiste aquel aviso diciendo que *alguien de tu familia* pagaría las consecuencias si seguías reuniendo pruebas, no lo tomaste en serio. Ni siquiera me lo dijiste. Y una semana después moría nuestro hijo arrollado intencionadamente por un coche. Un coche que lo hizo pedazos... ¡lo hizo pedazos! ¡Lo hizo pedazos!...

Todo el hermoso cuerpo femenino se convulsionaba. De sus ojos brotaban unas lágrimas de horror, de odio y de desesperación al mismo tiempo. Walcott se dio cuenta de que iba a sufrir otra de sus crisis y la sujetó. La mujer tuvo un brutal espasmo y luego cayó blandamente en sus brazos, sin fuerzas.

Walcott dijo con voz inexpresiva, lejana:

—Fue el error de mi vida, Ingrid, y te juré que no lo cometería más. Que podía ver asesinar delante de mí al gobernador de Nueva York y no movería un solo dedo para averiguar nada. Te lo juré y voy a hacerlo. Pero debes tratar de olvidar, Ingrid... ¡Debes tratar de olvidar! ¡Ya no podemos hacer nada!

Un sollozo ahogado fue toda la respuesta que tuvo.

Ingrid estaba al borde de la crisis.

Walcott la depositó con toda suavidad en un diván, guardó el retrato del pequeño y fue a preparar algo de beber, pero no precisamente café, Una buena taza de tilo era lo que su esposa estaba necesitando.

El doctor Gost examinó a la muchacha que estaba tendida en la cama, bajo los efectos de un sedante, y murmuró con gesto preocupado:

—Habrà que esperar a mañana, para saber cómo reacciona. De todos modos ha sido conveniente traerla a su habitación otra vez y dejarla descansar. Anoten en su ficha la temperatura y la presión... En fin..., ¡ahora que Margit Sims empezaba a estar algo mejor de la

pierna!

La única enfermera que quedaba en la residencia durante las vacaciones de Semana Santa anotó unos datos en su libreta.

—Ha sufrido un *shock* terrible —dijo—. Pero es inexplicable.

—¿Quién ha avisado?

—La señorita Robinson.

—Ah, ya.

—Parece que Margit Sims entró en su despacho, le dijo algo sobre una guía de teléfonos y de pronto cayó redonda a tierra y perdió el sentido.

—Pudo haberse partido la cabeza al caer... En fin, mañana estará mejor.

—Doctor Gost, ¿por qué ese *shock*? Tengo la sensación de que usted lo sabe.

—Mañana se lo explicaré, y también lo explicaré a Margit. Se dará cuenta de que no hay motivo para demostrar ese miedo absurdo, pero de momento debe descansar. Eso es: debe descansar. No puedo explicarle nada en su actual estado de crispación nerviosa.

—Como usted quiera, doctor.

Y salieron los dos. Margit Sims quedó sola en aquel edificio donde, a excepción de la portera, no había más ser vivo que ella. Quedó sola y como única habitante de aquellas habitaciones sombrías, de aquellos pasillos sin fin, de aquellos recodos que parecían poblados de fantasmas.

Respiraba entrecortadamente.

La inyección intravenosa la había hundido en un profundo sopor.

A media tarde le dieron alimentos líquidos por medio de una sonda, y al caer la noche estaba sumida aún en aquella especie de estado hipnótico. Sólo hacia la una de la madrugada empezó a recuperar sus facultades un poco.

Abrió los ojos.

Y vio una figura ante ella.

Una figura negra.

Por un momento se llevó instintivamente las manos a la boca, lanzando un chillido de horror, pero pronto se dio cuenta de que en aquella figura no había nada de siniestro. Sencillamente, su amiga

Katty llevaba una bata demasiado oscura y larga hasta los pies. Estaba allí quieta y hierática, velando su sueño.

—Margit..., ¿cómo estás?

—¿Llevas aquí... mucho tiempo?

—Dos horas. Se te veía algo intranquila y por eso no queríairme. Pero ahora veo que estás mejor y me voy a largar. Chica, la noche se hace eterna.

Fue a levantarse mientras añadía:

—Es que no me atrevía a dejarte sola, ¿sabes?

Y de pronto notó que los dedos se clavaban en su piel. La mano de Margit la sujetó como una zarpa.

—Por Dios, no te vayas.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Katty, tú eres mi mejor amiga.

—Claro que sí. Y como no tengo familia, todavía hay más razón para que te aprecie. Eres la única persona con la que puedo hablar.

—Estás aquí durante las vacaciones porque no tienes un sitio adónde ir —susurró Margit.

—Lo hubiera tenido. Hubiésemos ido a tu casa si no llega a pasarte lo de la pierna.

—Katty, tú y yo nos hemos entendido siempre... Por eso te lo pido: en nombre de nuestra amistad, quédate conmigo esta noche.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Este edificio es como una tumba.

—Ya sé... Impresiona, pero no va a pasar nada. Y ahora: ¿quieres decirme en confianza qué es lo que tienes?

—Vi cómo mataban a la señorita Robinson.

—No me digas... —La voz era incrédula.

—Y vi cómo sacaban su cadáver. Varios empleados del colegio estaban allí. Incluso el doctor Gost.

—Oye..., ¿sabes lo que dices?

—Digo lo que he visto con mis ojos.

—Pues has debido verlo mal, porque la señorita Robinson está viva.

—Ya... lo sé.

—Entonces, en el nombre del cielo, si es que hay que decirlo así, ¿puedo saber qué te pasa ahora?

—Katty, estoy asustada. Muy asustada, de verdad. Tengo miedo

de haberme vuelto loca.

Katty suspiró con cansancio.

—No lo estás, porque si lo estuvieras no te darías cuenta. Así de sencillo, ¿verdad? Cuando alguien dice que está loco es que no lo está todavía. De todos modos, el doctor Gost te visitará mañana.

—Gost me da miedo.

—Está bien, no me moveré de aquí, si tú quieres... Pero deja que vaya a mi dormitorio a advertir a las otras. Si no lo hago, son capaces de creer que largado con un tío.

Y fue a la puerta, pero Margit suplicó:

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

En el edificio frontero se había iluminado bruscamente una ventana. Era la ventana principal del gimnasio.

Katty susurró:

—¿Quién diablos irá allí a estas horas?

Y de pronto lo vio. Era la señorita Malvin. Una mujer ya casi cuarentona, algo pasada de moda, pero que conservaba las ilusiones de la adolescencia. Siempre pensaba que de un momento a otro llegaría su príncipe azul para sacarla de aquella especie de soporífero monasterio en que vivía. Para sacarla de aquel mundo de la enseñanza con alumnas que siempre eran distintas, pero que siempre le parecían igualmente tontas.

Katty dijo:

—A ver si resulta que tiene un tío. Pero vaya sitio para encontrarse... Se puede hacer el amor en sitios mejores, digo yo.

Margit se había izado de pronto. Todo su cuerpo estaba espantosamente tenso. Sujetaba las manos de su amiga como si hubiera clavado unos garfios en ellas.

—¡Espera!

—¿Esperar qué?

—¡Apaga la luz!

—¿La tenías apagada anoche?

—Sí...

La oscuridad se hizo en la habitación. En el abismo negro de la calle sólo fue posible ver el rectángulo iluminado de la ventana del gimnasio. Distinguieron con toda claridad a la señorita Malvin.

Ésta se detuvo.

Y de pronto... ¡apareció el encapuchado negro!

¡El mismo de la noche anterior!

¡El fantasma!

¡El que Margit había visto asesinar a la señorita Robinson!

Katty había lanzado un grito.

También ella estaba aterrada, también ella se negaba a creer lo que estaban viendo sus ojos.

Se dio cuenta, al igual que Margit, de que el espectro llevaba un cuchillo. Se dio cuenta de que la señorita Malvan trataba de huir. Se dio cuenta también de que aquella especie de monstruo avanzaba raudo hacia ella.

El cuchillo bajó como un rayo.

Un golpe.

Dos...

La sangre...

Era como la escena de la noche anterior, pero con algunas variantes, porque no hay dos crímenes exactamente iguales. La señorita Malvin cayó. El fantasma negro desapareció entonces en las profundidades del gimnasio.

Y se apagó la luz.

Todo quedó sumido en las tinieblas más espesas, como si aquella escena de pesadilla no hubiera sucedido nunca.

Katty estaba aterrada. Se había apoyado en la pared. Con voz que no parecía suya, murmuró:

—Voy a avisar a la policía.

Pero no pudo apartarse. Los dedos trémulos de Margit seguían sujetándola como garfios.

El miedo hacía que temblaran sus cuerpos, entrechocando casi contra las paredes.

Margit bisbiseó:

—Espera...

—Pero, por Dios..., ¿esperar qué?

—Tengo una Curiosidad espantosa. Una curiosidad que es superior a mi propio miedo. Necesito saber si ocurre lo mismo que ha ocurrido esta mañana.

—¿Pero qué es... lo que ha ocurrido?

—Te lo suplico. Estoy segura de que aquí no corremos ningún

peligro. Espera...

Sus voces eran trémulas. Apenas se oían en la oscuridad. Sus cuerpos eran como dos manchas calientes en las tinieblas.

Y esperaron.

Esperaron hasta que las primeras luces comenzaron a romper las sombras. Hasta que un amanecer lechoso y turbio, casi siniestro, se insinuó entre las hojas de los robles.

CAPÍTULO IV

A primera hora de la mañana, nadie podía sospechar seguramente que Katty estuviera junto a Margit Sims en la habitación del último piso. Sus escasas compañeras de dormitorio, las que no habían ido de vacaciones, debían pensar que —en efecto— tenía un tío. Y ningún profesor se iba a ocupar de ella, de modo que no la buscarían.

Las dos se acercaron a la ventana sin atreverse ni a respirar.

Y vieron algo asombroso, algo que les pareció absolutamente increíble, pero que sin embargo la propia Margit esperaba ya. Por eso había suplicado a su amiga que se quedara. Lo que distinguieron en la calle fue exactamente la escena que ya se había producido la mañana anterior.

Acababa de llegar un furgón fúnebre.

De él fue descargado un ataúd.

El ataúd fue entrado en el edificio de ladrillo rojo donde se hallaba el gimnasio.

Un reducido grupo de personas esperaban allí, con el aspecto respetuoso y circunspecto de los que van a un entierro. El grupo lo formaban unos cuantos profesores, unos ayudantes y, por supuesto el doctor Gost. Y nuevamente Margit —ahora en compañía de Katty— presencié la escena alucinante que ya había presenciado una vez.

El ataúd fue sacado a hombros, al término de unos minutos.

Se notaba que estaba lleno. Que pesaba.

Lo abrieron unos instantes ante el coche funerario.

Y dentro estaba el cadáver de la señorita Malvin.

Todos lo examinaron durante unos instantes. Todos parecieron rezar una oración por el eterno descanso de su alma.

Luego, el ataúd fue cerrado.

Y cargado en el furgón fúnebre.

Y la extraña comitiva desapareció en el silencio.

Se perdió en el paseo de los robles como una extraña y lejana procesión de fantasmas.

Se esfumó ceno acababan esfumándose las pesadillas, aunque las pesadillas dejan para toda la vida una mancha venenosa.

Katty susurró:

—Margit, tenías razón... Han asesinado a la Malvin... Las dos lo hemos visto. ¿Pero cómo han podido asistir todos éstos al entierro, como si no hubiera pasado nada? ¿Cómo es posible? ¿O es que las dos nos hemos vuelto locas?

—Katty, eso mismo ocurrió ayer.

—Y, sin embargo, la señorita Robinson estaba viva, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ésta no... Ésta ha muerto. Yo lo he visto. Y te diré lo que vamos a hacer. Hay que avisar a la policía; éste es un complot monstruoso, un complot en el que están metidos todos los del colegio.

—También quise yo avisar a la policía ayer, y entonces fue cuando vi a la señorita Robinson.

—Ahora lo aclararemos; acompáñame. Entre tú y yo podremos bajar muy bien las escaleras. ¿Cómo te encuentras?

—Las piernas las tengo mejor...

—Pues vamos.

Descendieron poco a poco a la planta baja. La portera dormitaba en su garita. Una luz lechosa y triste penetraba en el portal como una amenaza. La mayoría de las alumnas, chicas acomodadas al fin y al cabo, estaban tostándose bajo el sol de Mallorca o de Córcega, pero allí sólo se respiraba la bruma y sólo se captaba la luz gris que atravesaba los árboles. Las dos muchachas se dirigieron hacia el despacho donde Margit Sims había estado la mañana anterior.

Ahora no había nadie allí.

Pudieron llamar a la policía, a la pequeña estación comarcal de Penny Horst. Un sargento de voz aburrida tomó nota de la denuncia. Fue apuntando los datos como el que apunta las compras de un supermercado.

—¿Dice que ha sido en el edificio del gimnasio? Sí, conozco el lugar. Una vez celebramos allí una fiesta de la policía. ¿Y dice también que se ha efectuado un entierro normal?

—Sí. Y han asistido bastantes personas del colegio.

—¿Está segura?

—¡Pues claro! ¡Lo hemos visto! ¡Y no he sido yo sola! ¡Hemos sido dos alumnas!

—¿Y no cree que ése es un tratamiento muy extraño para deshacerse de la víctima de un crimen?

—Ésta no es una cuestión que deba resolver yo —dijo Katty, que conservaba casi toda su serenidad—. Vengan y hagan una investigación antes de que se borren las huellas. ¡Vengan antes de que sea demasiado tarde!

—Pues claro que sí —dijo el sargento—, pero falta un dato esencial. Me acaban de hablar de un crimen y aún no tengo el nombre de la presunta víctima. ¿A quién mataron anoche, según ustedes?

—A una profesora del colegio llamada Malvin.

—¿Señorita Elizabeth Malvin?

—Exacto. Pero, oiga, sargento..., ¿cómo conoce su nombre de pila?

—Hasta hace un momento no lo conocía —dijo el sargento bonachonamente—, pero es que se da la casualidad de que la señorita Malvin está aquí ahora. Ha venido a denunciar la desaparición de uno de sus perros...

CAPÍTULO V

Las dos muchachas se miraron a los ojos.

Y sintieron en sus espaldas como el frío de la muerte.

—Gra... gracias —dijo Katty.

Y colgó.

Estaba aterrada.

El simple «tlic» del teléfono les produjo el siniestro efecto del sonido de una losa funeraria.

—Margit... No puede ser...

—¿Qué es lo que no puede ser?

La puerta del despacho se había abierto en aquel instante. El profesor Walcott estaba en el umbral y las miraba sonriendo; llevaba un pantalón gris, un jersey ligero y una camisa de cuello abierto. Bajo su brazo izquierdo descansaban dos libros sobre la moderna historia de Cuba. Tenía ese aire desenvuelto y deportivo que parece ser norma de algunos jóvenes profesores, pero todas las alumnas habían notado ya que en sus ojos, cuando nadie le miraba, palpitaba una inmensa tristeza.

Las dos muchachas se volvieron a un tiempo.

—Profesor Walcott...

—Hola. Parecéis muy preocupadas. ¿Qué pasa?

—Pienso que quizá... quizá empezamos a estar locas las dos —susurró Katty—. Ha ocurrido algo inconcebible.

—¿Como lo de ayer? ¿Tal vez como lo que le ocurrió ayer a Margit? —preguntó Walcott.

—Sí, pero es un enigma policíaco inconcebible. Dos mujeres han sido asesinadas, hemos visto el hecho, hemos asistido al entierro... ¡Y luego han aparecido como si tal cosa! Profesor... Walcott, ¡tiene que ayudarnos! ¡Tiene que hacer algo por nosotras o saldremos de este colegio para ir al manicomio en línea recta!

El hizo un leve gesto negativo con la cabeza. Pareció como si le

hubiera molestado oír aquello. Intentó no perder su educada sonrisa, pero dije con voz indiferente:

—Nunca me meto en enigmas policíacos, amigas mías. No... Después de cierto asunto que tuve en mi país, no me meto nunca en problemas de esta clase. Será mejor que hablen con la policía.

—Ya hemos hablado. Es lo que acabamos de hacer. Y dicen que la señorita Malvin está precisamente allí en este momento.

—¿O sea que ahora se trataba de la señorita Malvin?

—Sí.

—Bueno, pues en tal caso está claro que se trata de un error, de algo que les ha parecido a ustedes, pero que no es verdad... Hagan sus averiguaciones y espero que, en todo caso, me tengan informado. Muchas gracias.

Y cerró la puerta.

Las dos muchachas quedaron solas. Pasó otra vez por sus ojos aquella mirada de horror.

—Si Walcott no nos ayuda no sé quién va a ayudarnos —dijo Margit con voz ahogada—. Pero tengo una idea: vamos de todos modos a la policía. Hay que asegurarse de que es la señorita Malvin la que está allí.

—De acuerdo; dentro de media hora pasa el autobús que va a la ciudad. Tú puedes andar con el bastón, ¿verdad?

—No del todo mal.

—Pues adelante.

Y las dos muchachas salieron. De todos modos no fueron en línea recta hacia la parada del autobús, sino que algo les hizo cruzar la calle. Una especie de llamada misteriosa las atrajo desde los ladrillos feos y sórdidos del edificio frontero. Distinguieron el portal por el que habían salido los ataúdes de la señorita Robinson y la señorita Malvin. El silencio y la soledad eran sobrecogedores, como si por allí no hubiera pasado una persona en docenas de años, pero sin embargo, quedaban restos de la anterior ceremonia. Por ejemplo, quedaban en el suelo unos pétalos de flores, unos pétalos blancos como los de la corona que ellas habían visto entrar.

Por lo tanto, no habían soñado.

Era cierto lo del entierro.

Margit silabeó:

—Dios santo...

—¿Te das cuenta? ¡No hemos estado soñando! ¡Esto ha ocurrido realmente! ¡Por lo tanto, hemos de hacer alguna cosa!

Y miraron desorientadas hacia el fondo del pasillo, como si en el silencio que las rodeaba hubieran de encontrar una solución. La luz que llegaba allí a través de un ventanal era aún más turbia y triste que la del exterior. Aquella Semana Santa típicamente inglesa se anunciaba, además, con tímidas capas de lluvia.

Fue Katty la que gimió:

—Pe... pero...

Hay cosas que son más siniestras aún a plena luz del día que en la oscuridad. Cesas que hacen estremecer de miedo precisamente por lo naturales que parecen.

A través de los cristales esmerilados que había al fondo vieron avanzar la figura.

Se distinguía de una forma borrosa mientras venía hacia la puerta en línea recta. Pero aun así la claridad era suficiente para darse cuenta de que... ¡de que se trataba de una persona que llevaba un hábito y una capucha negros!...

¡El asesino que ambas habían visto!

¡Estaba allí!

¡Iba a entrar en el pasillo por la puerta del fondo! Fue Katty la que tomó una decisión. El miedo la hacía estremecer, pero de todos modos empujó a su amiga. Las dos se colaron por unos semisótanos que llevaban a un patio posterior, donde estaba el llamado Museo de Ciencias Naturales de la escuela universitaria. Aquel «museo» consistía en un pequeño jardín botánico, unas vitrinas con piedras de interés mineralógico, unas láminas ilustradas y unas jaulas con animales, es decir, una especie de diminuto Zoo. Las dos muchachas se colaron allí justamente cuando se abría la puerta del fondo.

Y vieron al encapuchado.

Lo distinguieron tan claramente como si las estuviera rozando. Pasó a pocos metros y ascendió por las escaleras que llevaban al gimnasio. Lo hizo con tal naturalidad que las dos quedaron boquiabiertas y aterrorizadas al mismo tiempo. La sensación de que estaban acorraladas se adueñó de su ánimo. No podían ni pensar.

Pero al fin fue Katty la que decidió:

—Hay que esconderse como sea. Vamos.

Y descendieron las pocas escaleras que las separaban del patio

de Ciencias Naturales. Una fina lluvia caía ahora sobre las plantas del jardín y repiqueteaba en los cristales del invernadero. En las jaulas chipaban los monos. Un chacal solitario gruñía sordamente. Una serie de pajarracos exóticos, al verlas entrar, lanzaron una serie de gritos que parecían gritos humanos.

Pero lo que más impresionó a las dos muchachas, como les había impresionado desde el día que las trajeron, fueron las dos enormes serpientes pitón que estaban en su jaula de cristal. Los dos bichos interminables y asquerosos que se retorcían mansurronamente. Al fondo de la jaula de cristal tenían un gran recinto donde podían esconderse, pero las pitones preferían exhibirse con una especie de agresividad y de impudicia al mismo tiempo. Sus pieles viscosas y brillantes parecían artificiales de tan limpias; curiosamente, daban así mucho más asco.

Margit susurró:

—¿Por qué se les ocurriría traerlas aquí?

—Hace seis meses que están en esa jaula. El doctor Robert dijo que eran unos ejemplares muy interesantes, y que cuando los hubiéramos estudiado bien los regalaría al Zoo de Londres.

—¡Pues se podía haber acordado de regalarlos hace ya tiempo!

De un modo u otro, allí se sentían seguras, porque estaba claro que el encapuchado no bajaría a perseguirlas. Curiosamente, los monos chillones y los pájaros estridentes les hacían compañía.

Pero las dos muchachas terminaron mirándose a los ojos.

No podían seguir indefinidamente allí.

Tenían que hacer algo.

—Vamos —dijo Katty, más decidida—. No puede matarnos a plena luz del día. Hay gente entre los edificios, de modo que chillaremos en caso necesario.

—¿Pero tú crees que...?

—Si la policía no nos hace caso, tenemos que atrevernos nosotras. Vamos.

Y se encaminaron de nuevo al vestíbulo. Aquí sí que funcionaba el ascensor, de modo que pudieron llegar hasta el último piso sin esfuerzo. Vieron ante sus ojos el gran espacio vacío, los aparatos gimnásticos, las duchas... En el linóleo del suelo hubiese debido haber manchas de sangre, pero todo estaba inmaculadamente limpio. Nuevamente las dos amigas tuvieron la sensación de haber

sufrido una alucinación:

Avanzaron tímidamente.

Margit oía como un sonido siniestro el propio «*raaaaas... raaaaas*» de su pierna enyesada, que arrastraba a cada paso.

Todo estaba vacío.

Al fantasma se lo había tragado la niebla. Las dos muchachas abrieron la puerta que daba a los vestuarios. Y en ese momento el fantasma vestido de negro saltó hacia ellas. Las manos parecidas a garfios parecieron brotar del aire. En las dos aberturas que había en su capucha brillaron los ojos con fulgor diabólico.

El grito de las dos mujeres se oyó en todo el gimnasio.

Fue un grito que estaba más allá de la muerte.

CAPÍTULO VI

La voz dijo entonces:

—¡Corten!

Era una voz que parecía haber surgido del vacío, una voz metálica y cargada de indiferencia. Las dos muchachas casi cayeron una encima de la otra mientras el avance del encapuchado se detenía bruscamente.

Un hombre que llevaba una especie de monóculo y que en realidad era un filtro óptico apareció detrás de una máquina montada en el trípode. Era una máquina cinematográfica de calidad, pero no de profesional: un tomavistas de 16 milímetros. Otro, que parecía el director, y una muchacha que tenía aspecto de *scriptgirl*, aparecieron también llegando desde el fondo de los vestuarios. *El* siniestro fantasma vestido de negro se quitó la capucha con movimientos alegres.

Alguien dijo:

—Lástima que esta escena no pueda servir. Ha sido perfecta.

—Bueno, ¿y quién contaba con que fueran a aparecer esas dos cuando enfocábamos la puerta? De todos modos lo han hecho muy bien. ¡Qué naturalidad! La escena que no está en el guión es la que puede resultar mejor.

—¿Y si la incluyéramos?

—Es inútil. No ligaría con nada.

Margit y Katty estaban dominadas no ya por el miedo, sino por la vergüenza y el asombro. De repente se daban cuenta de la verdad. Incluso al «asesino encapuchado» lo conocían muy bien. Era Purcell, profesor de Ciencias Naturales y uno de los dueños de la residencia universitaria.

Se trataba de un hombre todavía joven, pues tendría unos cuarenta años. Sus facciones eran alegres, casi risueñas. Lanzó la siniestra capucha al aire mientras decía con voz plañidera:

—Pero, ilustres damiselas, ¿por qué no dejan que las asesine? ¿Por qué han interrumpido de esa manera soez la mejor escena artística de mi vida?

Los otros personajes también se acercaron. Formaban en su conjunto un equipo cinematográfico pobre, pero que debía actuar con ilusión. Y ya se sabe que hay grupos de aficionados que, con una cámara de 16 milímetros, realizan verdaderas maravillas.

Margit dijo sin voz:

—Pero ustedes... Ustedes...

La que hacía de *scriptgirl* se acercó más y se metió un chicle en la boca mientras murmuraba:

—¿Qué pasa?

—¿Esto es... una película?

—¿Es que no lo sabían? ¿Pero cómo es posible? ¡Si lo sabe toda la zona universitaria!

Margit tragó aire.

—¿Ustedes ruedan una película de horror? —balbució.

—Bueno, digamos que es una película de misterio, pero al final tiene sus ribetes irónicos y de crítica a la sociedad. Aprovechamos las vacaciones para poder disponer de los interiores sin problemas; en otras épocas esto está lleno de chicas —explicó Purcell.

—¿Y han rodado de noche? —balbució Katty.

—Sí. Dos «crímenes» en el gimnasio.

—¿Con la señorita Robinson y la señorita Malvin?

—¡Pues claro! ¡Justamente con ellas dos! ¿No saben que algunos miembros del personal se han quedado expresamente durante las vacaciones para ayudarnos en esta película? Es un simple trabajo de adicionados, pero todos tenemos la mayor ilusión. Ah, y no crea que es tan barato. Cada uno de los que estamos metidos en este mejunje hemos tenido que abonar mil libras.

Parecían la mar de satisfechos explicando aquello, como si ya dieran por supuesto que la película iba ganar algún concurso. Fue Katty la que, conservando la serenidad al máximo, preguntó:

—¿También participa el doctor Gost?

—Sí, aunque en plan de extra: Le hace mucha ilusión.

—Oiga, lo que ustedes dicen debe de ser cierto, pero... pero hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—Los ataúdes eran de verdad, y el coche de pompas fúnebres también.

—¡Pues claro que eran de verdad! —explicó Purcell—. ¿Es que se puede hacer hoy una película con vulgares imitaciones? No sólo hemos obtenido permiso de las autoridades para filmar, y no sólo hemos situado cámaras en las ventanas de dos edificios, sino que edemas hemos contratado a una compañía privada de pompas fúnebres para que nos hiciera el servido de los «entierros». Todo ha resultado perfecto: el ambiente, la decoración, los coches... Nosotros estábamos filmando desde el edificio frontero.

—O sea, desde debajo de mi ventana —recapituló Margit—. Por eso no les veía.

—No tenía por qué vernos, pero yo creí que estaban enteradas de eso —dijo Purcell—. Y ahora que me fijo señorita Sims... Tiene una cara algo extraña. ¿Es que ha llegado a asustarse de verdad?

—Usted se va a reír, señor Purcell.

—No lo crea; hace mucho tiempo que no me río de nada.

—Pero esto es distinto. Le juro que creímos que los asesinatos eran de verdad. Incluso hace poco hemos hablado con la policía.

A pesar de lo que Purcell acababa de decir acerca de que no se reiría, lanzó una carcajada estridente. Los otros le imitaron. El ambiente fue de tal hilaridad durante algunos minutos que las dos muchachas, a pesar de estar avergonzadas, no tuvieron más remedio que unirse a aquella especie de rechifla general.

Por fin, Purcell declaró:

—Bueno, me parece que, para compensarlas, no voy a tener más remedio que invitarlas a una comida.

—No hace falta —dijo Katty—. Con la tranquilidad que nos acaba de dar ya tenemos bastante. Por un momento habíamos llegado a creer que estábamos locas.

—¿Como si fueran unas visionarias?

—Más o menos.

—Quizá fuera culpa nuestra por no poner unos anuncios en los tablonos de los edificios. Pero creíamos que se había enterado todo el mundo.

—Yo no, porque he estado hace muy poco con la pierna tiesa —dijo Margit—. Me encontraba aislada en una habitación. En cuanto a Katty, prepara los exámenes con tal interés que no sale de la

biblioteca.

—Pues mal hecho... Deben divertirse. En fin, ¿qué les parece si terminamos esta escena en un restaurante de la ciudad? Me han recomendado uno con una cocina francesa excelente. Ah... Y tengo una idea genial. ¡Invitaremos también al sargento de policía!

Todos rieron ahora estruendosamente. Hasta las chicas.

Poco después salían en alegre grupo en el monumental «Jaguar» de Purcell, donde cabían todos. Y se dirigieron a algún sitio donde pudieran olvidarse de los muertos ingleses y acordarse de los cocineros franceses. Definitivamente, era una buena idea.

Sólo una persona les vio partir.

Un profesor solitario que llevaba dos libros de historia bajo el brazo.

Walcott miró fijamente el «Jaguar» mientras se alejaba, se encogió al fin de hombros y volvió a la biblioteca. En sus ojos había aparecido de pronto una mirada errabunda y febril, mía mirada casi siniestra.

CAPÍTULO VII

La señorita Parkington miró las tinieblas que parecían avanzar desde el jardín hacia la ventana de su despacho. No le gustaba nada aquella hora, no le gustaban nada los árboles fantasmales que se divisaban desde allí, y, a pesar de los años que llevaba en el colegio universitario, no podía evitar que siempre, al llegar aquella hora, la recorriera un estremecimiento.

Aquel sitio tenía algo.

Era una cosa indefinible. Pero no le gustaba.

Se frotó las manos y dejó de mirar. Al fin, hizo un gesto de decisión y corrió las cortinas que tapaban los vidrios emplomados, con lo cual cortó el paso a aquella luz color violeta que lo iba llenando todo. Cortó el paso a la suave neblina que llegaba desde el jardín y que parecía envolverla.

El teléfono sonó entonces.

Era Malone, el notario de Londres.

—¿Señorita Parkington? —preguntó.

—Sí, soy yo misma.

—Yo soy el notario Malone. Perdone que la moleste.

—No se preocupe, señor Malone. Lo he reconocido por la voz.

—Ah, muy bien, muy bien... ¡Ejem!... Se lo agradezco. Siempre es agradable para un viejo chupatintas como yo el que una señorita tan agradable como usted tenga el nombre de uno en la memoria. Pero no la llamaba para eso, como usted comprenderá... ¡Ejem!... Yo nunca he sido un hombre galante. Claro que usted lo merece... Bueno, a lo que iba... ¡Uf! Creo que me estoy armando un lío.

—No se preocupe, señor Malone. Se tiene o no se tiene práctica para ser un galanteador. Usted no la tiene.

—Ni la tendré nunca ya, eso está claro. Pero lo que quería decirle es que ustedes tenían que darme una respuesta. Debía haber llamado ayer, pero me pareció mejor dejar un día más de margen.

Ella hizo un gesto de desesperanza.

—Lo siento, señor Malone, no puedo darle una respuesta aún.

—Pero usted es una de las propietarias de esa residencia y colegio universitario.

—Cierto: usted lo ha dicho. Soy una de las propietarias, pero hay otras dos personas con los mismos derechos que yo. Se trata del señor Purcell y la señorita Robles. Los tres tenemos vez y voto.

—¿Y no han decidido nada?

—No hemos podido reunimos.

—En fin, pues háganlo... No crea que estos asuntos se pueden prolongar indefinidamente. Las personas que han dado la opción también pueden cansarse.

—Tengo el mayor interés en que usted no quede mal, señor Malone. Sentiría que por culpa nuestra...

—Oh, no se preocupe. Volveré a llamar la semana que viene. Me dijo que usted iba a permanecer ahí durante los días santos...

—Sí. Hay muchas cosas que hacer, y además aprovechamos las vacaciones de las alumnas para algunas reparaciones importantes.

—Perfecto, perfecto... ¡Cuántos sacrificios profesionales hace uno, señorita Parkington, y nadie los agradece! Hasta la semana que viene, pues. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Malone.

Ella colgó desmayadamente.

Se sentía muy cansada. Tanto que necesitó sentarse y apoyar la cabeza en las manos con un gesto de desaliento.

Estuvo así, en silencio, mucho rato.

No se oía nada, excepto el compás de su propia respiración.

De pronto, la señorita Parkington notó que alguien corría levemente una silla al otro lado de la mesa de despacho. Se sobresaltó y retiró las manos que le impedían ver. Encontró entonces a aquella especie de espectro. A aquel ser que parecía surgido de las tinieblas del otro mundo. Lo tenía a menos de un metro de distancia.

La mujer estuvo a punto de lanzar un chillido de horror.

Pero de pronto reaccionó. Quizá con unos segundos de retraso, acababa de recordar que la zona universitaria se había transformado en una especie de Hollywood de pacotilla para una película de aficionados. Ella misma había visto algunas escenas,

pero una cosa era el cinc y otra la realidad. Esto ya pasaba de la raya.

—Purcell —dijo—, ¿no crees que exageras?

—¡Silencio!

De debajo de la capucha negra no llegaba más que un sonido lento y silbante, el sonido de una respiración entrecortada.

—Oye, Purcell...

Más silencio aun. Ni el sonido de la respiración llegaba ahora.

—¡Quítale la capucha de una vez! ¡Me estás poniendo nerviosa!
—gritó la señorita Parkington mientras daba un puñetazo en la mesa.

La mano subió entonces. Los dedos enguantados retiraron la capucha negra. La mujer vio aquel rostro.

Y lanzó un gemido. Sus ojos se desencajaron. Sus dedos se tendieron hacia adelante en un tardío e inútil gesto de defensa.

Porque vio el cuchillo.

Y leyó en aquellos ojos su sentencia de muerte.

Y captó el reflejo del metal junto a su garganta...

La sangre saltó al aire como un chorro alucinante.

Ni ella misma se dio cuenta de que la estaban degollando. Apenas sintió dolor. Sólo un miedo visceral, un miedo atroz que le impedía moverse, que le impedía incluso gritar. El cuchillo volvió a alzarse.

La segunda acometida fue al corazón. La señorita Parkington quedó espantosamente quieta en su silla, con los ojos muy abiertos.

Luego se desplazó a un lado, poco a poco. Pareció una muñeca que se rompe. Por fin, chocó con la alfombra.

Pero ella ya no se dio cuenta de nada. Tuvo la suerte de no enterarse siquiera de que acababan de comprarle un billete para el otro mundo.

CAPÍTULO VIII

Las cortinas del despacho seguían corridas.

No era normal, puesto que a aquella hora la señorita Parkington solía estar trabajando ya. Katty, que llevaba un montón de apuntes bajo el brazo, pasó al lado de la ventana y golpeó en los cristales emplomados.

Pero no le respondió más que el silencio. No había nadie en el despacho. Por lo tanto, Katty hizo un gesto de resignación y se dirigió a la especie de *cottage* donde estaban las residencias de los propietarios del centro. Eran muy parecidos a los de los profesores, aunque un poco más lujosos.

El jardinero paró la máquina de segar hierba.

—Buenos días, Katty.

—Hola, buenos días, señor Parker.

—Magnífico tiempo, ¿eh? Por fin ha llegado la primavera. Ya empezaba a temer que tuviéramos una Semana Santa completamente pasada por agua.

—Mejor estaría en Mallorca que aquí.

—No crea. Y esta paz... ¿es que no tiene precio?

—También es cierto. Oiga, busco a la señorita Parkington.

—Ha de estar en su despacho a esta hora.

—Pues no está. Seguro que se ha quedado dormida.

—No, dormida no. Precisamente mi mujer acaba de arreglar las habitaciones. La cama está intacta, lo cual indica que ha trabajado toda la noche.

—¡Pues también son ganas!

—La señorita Parkington ama este lugar. Usted no puede imaginar los sacrificios que hace para que esto no pierda su carácter y para que todo marche bien.

—Bueno, pues en tal caso debe haberse quedado dormida y por eso no me ha oído. Voy allá. Habíamos acordado que hoy temprano

me revisaría las fichas que he estado haciendo durante la semana.

Y Katty regresó al despacho.

Llamó con los nudillos.

Nada.

Se atrevió entonces a entrar.

Y lo vio todo vacío. Las cosas estaban intactas. Daba la sensación de que la señorita Parkington no se había acercado allí en bastante tiempo. Por supuesto que no había pasado allí la noche.

El jardinero venía detrás.

—No está —dijo—. ¡Qué extraño!

—Habría ido de viaje.

—No, porque me lo hubiera dicho.

—Pues ya aparecerá. Al fin y al cabo es una de las dueñas. Puede hacer lo que le dé la gana.

Y salieron los dos. Pero a mediodía no se sabía nada aún de la señorita Parkington. Katty fue a ver a Margit Sims.

—Oye, pasa una cosa extraña.

—¿Qué?

—La Parkington ha desaparecido.

—¿No será otro truco de esa condenada película?

—No. Ha desaparecido simplemente. Como el humo, ¿sabes? Así... ¡buff! Se la ha tragado el aire. Parece como si de su paso por este mundo no hubiera quedado nada.

—Sí que es extraño —reconoció Margit—. La Parkington es una persona muy seria. No hace nada sin que lo sepan los que dependen de ella.

—Oye, ¿y si tuviese un lío?

—Es difícil.

—¿Y por qué? Es una mujer que todavía tiene cara y piernas. Y puede haber pensado que ya se ha aburrido durante demasiados años, y que ahora vale la pena empezar a vivir.

Margit se encogió de hombros.

—También pueden quererla por su dinero —opinó—. Puedes tener razón en lo del lío. A lo peor la ha engatusado alguien.

—¿Crear que la Parkington tiene dinero?

—Bueno, esto es un excelente negocio, ¿no?

—Tampoco lo niego. Lleno de alumnas a rebosar pensiones elevadas, facturas extras por cualquier cosa. Claro que ha de ser un

buen negocio. De todos modos supongo que lo importante son los solares. Oí decir que estaban en el arca de expansión del Londres elegante de dentro de diez años y que aquí querían construir un amplió complejo residencial. Quiero decir que la Parkington no sólo debe de tener dinero en el Banco sino además dinero «en conserva», un cualquier momento esto puede valer millones de libras.

—De todos modos no sacamos nada hablando de ella. Si la Parkington ha desaparecido, será por causa de un hombre, estoy segura. Sin embargo, opino que si mañana no ha vuelto por aquí, será mejor que la policía se entere.

Katty salió. Estaba todavía mareada por aquella extraña situación, pues no concebía que la señorita Parkington se hubiera marchado sin avisar. Ni aun teniendo un lío sentimental lo hubiese hecho. Aunque quizá había ido sencillamente a la ciudad y dentro de unas horas volvería.

Pensaba en eso cuando encontró al profesor Walcott.

Éste salía de la biblioteca. Como siempre, llevaba unos cuantos libros y una serie de apuntes bajo el brazo.

—Mola, Katty, ¿cómo está hoy?

—Bastante fastidiada por no haber podido ir de vacaciones, profesor. ¿Y usted?

—Ya ve: preparando trabajo para cuando lleguen las alumnas. Por cierto, he de entregar esto a la señorita Parkington.

—No está.

—¿Que no está? ¿Cómo es posible?

—A mí también me extraña, pero por lo visto no ha pasado la noche aquí. Y se ha largado sin avisar.

Walcott arqueó una ceja. Se le notaba sinceramente asombrado. De todos modos, intento sonreír mientras decía:

—Ya volverá.

—Eso creo yo también. Oiga, profesor...

—¿Qué?

—¿Usted sabía lo de la película?

—Sabía algo, pero no estaba seguro de los detalles. ¿Por qué pregunta eso?

—No es que quiera reprochárselo, profesor, pero podía haberme advertido. He hecho el ridículo.

—¿Al avisar a la policía?

—Bueno, es que Margit y yo por poco armamos un drama. Reconozco que en parte nos está bien por ser unas mironas, pero... ¡maldita sea...! ¡Ya nos pedían haber avisado a tiempo!

—Quizá debí haberlo hecho, Katty. En fin... Yo tampoco estaba muy seguro al principio la situación me pareció bastante rara, pero lo que hice fue abstenerme de investigar.

—¿Por qué?

El desvió un momento la mirada, como si aquellos recuerdos no le gustasen. Luego dijo con voz inexpresiva:

—Hay razones particulares por las cuales no quiero averiguar nada. Cualquier problema detectivesco que se plantee aquí me tiene sin cuidado, ¿entiende? Sin cuidado. Ya sé que eso puede ser injusto, pero hay que aceptarlo así. No volveré a estudiar en mi vida ningún problema criminal o que, sencillamente, pueda parecerlo.

—¿Pero qué razones particulares son ésas, profesor? ¿Qué le pasó?

—Nada que tenga importancia. Y ahora perdóneme, señorita Katty. Lo siento.

Se alejó en dirección al despacho de *miss* Parkington. Entró en él para dejar los libros y unas fichas.

Aquella soledad le sobrecogió.

Todo estaba en orden, tan en orden que parecía casi anormal. Daba incluso la sensación de que alguien había estado arreglando las cosas.

Todo aquello le produjo una sorda intranquilidad, una especie de turbación que no sabía definir. Incluso miró en los bordes de la mesa y en el asiento, por si había allí alguna mancha que le diera una pista sobre la extraña desaparición de la mujer. No quería pensar en eso de una manera consciente, pero por un momento había llegado a imaginar que hallaría manchas de sangre.

No había nada. Todo estaba limpio, tan perfectamente limpio que ocurría lo mismo que con el orden tan exagerado de los objetos: daba la sensación de que alguien se había ocupado de que todo estuviera así.

Siguiendo una repentina inspiración, cogió el teléfono y marcó un número. Sólo había tres sitios a los que *miss* Parkington hubiera podido ir tan de repente: a casa de su madre, a su apartamento de Londres o a un club literario de la capital donde a veces se daban

conferencias. Telefonó a los tres sitios, pero fue para obtener la desconsoladora notificación de que la mujer no había sido vista en los últimos días. Por lo tanto, había de estar en la zona universitaria.

Al fin, Walcott se encogió de hombros.

Quizá ella tenía algún asuntillo secreto.

Al fin y al cabo, no era problema que afectase a los otros.

Salió de allí y fue a vigilar unas flores de invernadero que cultivaba para su mujer. Para ello tuvo que pasar por el pequeño Zoo donde los pájaros seguían parloteando y los monos, excitados, se habían puesto de repente a chillar.

Había en aquellos chillidos algo de siniestro. A Walcott nunca le habían gustado los monos que espiaban, que parecían acechar, y que de pronto arrancaban sonidos casi humanos a sus gargantas. Sobre todo, en éstos había algo de solitario, de abyecto. Incluso se excitaban con las alumnas que pasaban por allí y trataban de tocarlas. Eran como seres humanos prisioneros que hubieran llegado al último extremo de su desesperación.

Claro que Walcott tenía que aguantarse, porque el pequeño Zoo no estaba a su cuidado. Menos aún le gustaban las dos serpientes pitón, y sin embargo, las tenía que ver allí, tan satisfechas y orondas. Siempre se exhibían con sus pieles demasiado brillantes, con sus pieles demasiado limpias, que producían una secreta repulsión.

Sin embargo, ahora se había producido una pequeña novedad. Sólo una de las serpientes pitón estaba fuera de la especie de refugio que tenían al fondo de la jaula. La otra asomaba la cabeza y dormía plácidamente. Desvió la cabeza un instante al pasar Walcott, pero en seguida volvió a quedar sumida en un profundo sopor.

El profesor examinó las flores del invernadero. Desde que Ingrid sufrió el terrible trauma de la pérdida de su hijo, debía tener mucho cuidado con ella y ofrecerle toda clase de pequeñas compensaciones. Puesto que las flores exóticas le gustaban, Walcott había puesto el máximo interés en cuidar unas para ella. Aunque maldito si personalmente le interesaban a él las plantas.

Luego volvió a salir con expresión preocupada. No entendía lo de *miss* Parkington. En lugar de volver a su clase, donde tenía que ordenar una serie de apuntes, revisó todo el enorme complejo de los

edificios universitarios.

Penetró en pasillos vacíos donde sólo se captaba el silencio.

En clases de persianas cerradas donde palpitaba una caliente oscuridad.

En dormitorios en que las ropas de las camas vacías daban la sensación de extraños fantasmas.

En duchas y cuartos de baño que pocos días más tarde volverían a llenarse con el encanto de los cuerpos jóvenes.

Pero en ninguno de aquellos sitios existía el menor rastro de la señorita Parkington. Incluso Walcott no acababa de comprender qué demonios estaba buscando él allí. ¿Es que acaso temía en secreto que la hubieran asesinado y pensaba que iba a encontrar su cadáver en cualquiera de aquellos sitios?

Al fin decidió olvidar el problema.

Había prometido a su mujer que nunca más intervendría en un asunto policíaco. Si la desaparición de *miss* Parkington era un problema de esa clase, tanto peor para ella. Que se las arreglase la policía.

Pero por la noche *miss* Parkington no había vuelto. Sobre los edificios góticos y vicios de la residencia universitaria empezó a pesar como nunca la amenaza de las sombras.

Sólo unas pocas ventanas se iluminaron. El resto parecían, en la noche, los cerrados ojos de los muertos.

CAPÍTULO IX

Habían pasado ya dos días desde la desaparición de *miss* Parkington y todo permanecía sumido en un extraño sopor en el colegio universitario. Empezaban a recibirse algunas postales de las alumnas afortunadas que habían podido realizar sus vacaciones en países lejanos, o simplemente habían podido dormitar bajo el sol de las playas en primavera. Eran postales que daban cierta envidia y que venían de Manacor, de Ajaccio, de Túnez o de Saint Tropez. En todas ellas se decía que las chicas lo estaban pasando maravillosamente bien, pero olvidaban mencionar que los hoteles estaban demasiado llenos, que el servicio solía ser malo y la comida deficiente. En resumen, eran unas postales que daban envidia.

Las alumnas que estudiaban con beca gratuita a cargo del Estado, porque no tenían familia, miraban y remiraban aquellas postales mientras hacían comentarios sobre las zonas lejanas que quizá visitarían un día. Incluso algunos profesores enviaban postales también, aunque ellos habían ido a sitios más aburridos: Caranga, Ampurias, Pompeya, Nimes... Lugares donde importaba más el pasado que el presente, más los recuerdos que la realidad actual. Walcott había recibido bastante correspondencia de sus compañeros en ese sentido.

Pero apenas la leía porque estaba preocupado por su mujer, por Ingrid. Ella se mostraba lejana, taciturna, más triste cada vez. Para ella no existían más que los recuerdos, aquel pasado amargo en el que se hundía a veces como en un pozo sin fondo.

Tampoco Katty ni Margit se interesaban por las postales que habían recibido las otras. Las dos amigas estaban tristes, asustadas; daban la sensación de haberse visto acorraladas en una especie de habitación sin salida. Pese a haberse aclarado lo de los extraños «crímenes», había algo que las obsesionaba: la desaparición de *miss* Parkington.

Porque, en efecto, ésta no había vuelto. Nadie sabía nada de ella. Y quizá en época de clases alguien se hubiera movido para saber qué pasaba, pero ahora, durante las vacaciones de Semana Santa, todo quedaba aplazado, todo quedaba en calma y como sumido en una larga somnolencia.

Los de la película habían aplazado incluso sus tomas de planos para más adelante. El técnico en fotografía había tenido que ir a Londres para un asunto de importancia; el doctor Gost no se encontraba bien y había pasado casi dos días en su habitación. El mismo Purcell, profesor de Ciencias Naturales y que además era uno de los tres dueños del complejo universitario, se había encontrado sin gente para trabajar en el filme. Estaba como desanimado y parecía un fantasma vagando entre los edificios vacíos. También a él debía haberle impresionado la extraña desaparición de *miss* Parkington, aunque estaba claro que no se atrevía a intervenir porque aquél debía de ser un asunto privado en el que nadie tenía el menor atrecho a decir nada.

Pero dos muchachas no estaban conformes con aquella especie de somnolencia. Sobre todo Katty, que ahora vivía en la misma habitación que su amiga Margit, aunque ésta ya se encontraba mejor.

Aquella tarde entró en la habitación. Parecía muy preocupada. Margit que hacía ejercicios de apoyo sobre su pierna enyesada, alzó la cabeza para mirarla con curiosidad.

—Hola... Pareces muy preocupada, Katty.

—Lo estoy.

—¿Por qué? ¿Es que ha ocurrido algo nuevo?

—No, no... Justamente lo que me preocupa es que *no ha ocurrido* nada nuevo.

—¿Te refieres a la desaparición de la Parkington? ¿No ha llegado aún ninguna noticia?

—No. Y empieza a ser verdaderamente inexplicable.

He sabido por la telefonista que el profesor Walcott puso tres conferencias a los sitios en que ella hubiera debido estar normalmente. Y nada.

—Bueno, en tal caso no hay más que esperar. Aparecerá de un momento a otro.

—Es que no lo entiendo, Margit.

—¿De veras no hay nada nuevo? ¿O me ocultas algo?

Katty se sentó en la cama y dijo con expresión preocupada, mirando al vacío:

—No lo entiendo, ¿sabes? Te juro que no lo entiendo. He estado en la habitación privada de la Parkington sin que me viera nadie.

—¿Y qué?

—Yo la ayudé una vez a arreglar los vestidos. Sé todos los que tiene. TODOS. Y hoy he revisado su armario y los he visto: siguen allí. Siguen TODOS allí. Cuando desapareció, llevaba la falda gris, la blusa y la rebeca que siempre usaba en su despacho. Y con eso no va a ninguna parte, y menos a una cita sentimental. Una no emprende un viaje sin llevarse ni un pañuelo.

Margit la miró con expresión consternada.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Ya te he dicho que la ayudé a arreglarlos.

—Pudo comprarse otras cosas.

—¿A una hora en que ya estaban cerradas las tiendas?

—Tienes razón. Y lo curioso es que nadie había pensado antes en eso.

—Nadie había pensado porque la despreocupación es absoluta. Todo el mundo da por descontado que esa mujer tiene un lío sentimental al cabo de los años, y que se trata de un asunto que sólo a ella afecta. Pero yo estoy segura de que no; estoy segura de que le ha ocurrido algo. Por lo tanto, debemos avisar a la policía.

—Katty, tú y yo tenemos ya mala fama... Después de lo de la película me han dicho que nos llaman «las mironas». El sargento de la circunscripción se va a reír de nosotras.

—De todos modos hay que hacerlo. Y en seguida. He alquilado un coche para que podamos movernos mejor.

En efecto, había alquilado un «Minie». Con él llegaron a la pequeña población cercana al recinto universitario y se presentaron ante el sargento de la estación local de policía.

Éste ya las conocía bien, después del asunto de la película. Pero las escuchó con atención, quizá porque el caso le interesaba más de lo que ellas habían creído. Incluso se dieron cuenta de que ya tenía tomadas algunas notas.

Margit susurró:

—¿Es que usted ya sabía algo, sargento? Le aseguro que tenía

miedo de que se riera de nosotras...

—Procuro no reírme de la gente, pero en este caso menos, Se había producido ya una denuncia.

—¿Por parte de quién?

—Del profesor Forren. El, como uno de los propietarios de la residencia, está inquieto, aunque no haya querido comentarlo con nadie. Tiene miedo de que a *miss* Parkington le haya podido ocurrir algo.

—Pues, aunque ésa sea una mala noticia, nos alivia, sargento, porque al menos demuestra que no estamos locas. ¿Y qué clase de investigaciones han iniciado ustedes?

—La que suele ser más efectiva en estos casos: una extensa investigación en todos los centros de comunicación del país. No crean que nos hemos quedado dormidos, no... Han sido investigados todos los trenes, aviones, barcos... Se han pasado por la computadora centenares de listas de pasajeros. Las fichas de hoteles y pensiones han sido concienzudamente analizadas. No existe control de salida de *miss* Parkington al extranjero a menos que viaje con pasaporte falso, cosa que nos negamos a creer porque no tiene ninguna lógica. Y en el país tampoco está, a no ser que no coma, ni duerma, ni suba a trenes ni ponga gasolina en su coche si es que conduce. Porque además su coche sigue en el garaje, y por otra parte no ha alquilado ninguno en ninguna agencia del país. De modo que la conclusión es ésta: *miss* Parkington ha desaparecido de una manera absurda. Se la ha tragado el aire.

Las dos muchachas cerraron los ojos a la vez.

Un mismo pensamiento las aterraba.

Fue Katty la que le dio forma al susurrar:

—Eso significa que está, que está entre los muros de la zona universitaria. Hay allí edificios antiguos y lugares que no se recorren casi nunca. Hay allí... allí...

Estaba tan asustada que no podía ni hablar. El sargento comprendió sus pensamientos, quizá porque él también había pensado lo mismo.

—Me obtenido permiso del señor Purcell para investigar —dijo—. Y esta misma tarde empezaremos a hacerlo.

—¿Quiere decir que van a abrir huecos en las viejas paredes y que...?

—No, no hará falta tanta cosa. Hoy disponemos de perfectos aparatos que detectan cualquier cuerpo extraño en el interior de los muros, aunque yo no creo de ningún modo en la absurda idea de que esa mujer pueda estar emparedada. Los mismos aparatos detectan los huecos, las paredes falsas y los tabiques postizos. En sólo doce horas podremos saber exactamente si *miss* Parkington, viva o muerta, permanece aún en Boombury. Podremos saberlo sin ninguna duda.

—¿Y si estuviera enterrada en... en los jardines?

Era Margit la que había hablado, aunque casi no se atrevía ni a pronunciar las palabras.

—En ese caso resultaría sencillísimo hallarla —dijo el sargento con énfasis—. Tenernos una ventaja inapreciable: *todo el campus universitario está absolutamente cubierto de hierba*. Ello quiere decir que si alguien hubiera empleado un azadón se notaría la marca. De todos modos, nuestros aparatos detectores también darían con un cadáver aunque se hallara a bastantes pies bajo tierra.

Cuando las dos amigas salieron de allí, estaban aterradas por una parte, pero más tranquilas por otra. En primer lugar, ya nadie las podía acusar de ser unas visionarias. En segundo lugar, la policía iba a intervenir en serio y averiguaría lo que había ocurrido con la señorita Parkington.

En efecto, los especialistas empezaron a actuar aquella misma tarde, pero de una forma muy discreta. Llegaron en una furgoneta en cuyas costadas se leía:

«HAMBLER Y BOXMAN. ARQUITECTOS. -
REPARACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE EDIFICIOS»

Como si fueran a hacer un estudio de las viejas estructuras del colegio. Caso de no saber que eran policías, Katty y Margit se hubieran quedado *in albis*. Todos se repartieron por los diversos lugares de los edificios universitarios y empezaron a trabajar con la precisión de auténticos relojeros.

Llevaban unos detectores muy similares a los que se emplean para descubrir radiaciones y para descubrir armas ocultas en los pasajeros de los aviones. Con ellos repasaron las paredes los suelos,

los techos... No quedó nada por revisar. Hasta en las jaulas de los animales dieron una pasada. Y por el invernadero. Fue un trabajo concienzudo y metódico. No lo terminaron hasta las cuatro de la madrugada.

Y, ya que habían hecho la denuncia, se les comunicó a las dos muchachas el resultado:

«Ni rastro de la señorita Parkington. Es absolutamente seguro que no se encuentra en los edificios, ni viva ni muerta. Tampoco parece encontrarse en ningún otro lugar del país. Pero entonces... *¿Dónde...?*»

CAPÍTULO X

De todas las personas que aún vivían en el recinto universitario, el que menos quiso preocuparse del problema fue el profesor Walcott. En otro tiempo, aquello le hubiera obsesionado, pero ahora no le afectó en lo más mínimo. O, al menos, intentó que no le afectara. No quería volver a causar un trauma a Ingrid, no quería que entre los dos se interpusiera otra vez la sombra de una persona muerta.

En cambio, Katty estaba realmente excitada. Mucha más que la misma Margit. Se devanaba los sesos intentando adivinar adonde demonios había podido ir la señorita Parkington.

Revisó sus cartas, sus apuntes, incluso su agenda. Pero todas las direcciones habían sido ya comprobadas por la policía, de modo que no quedaba nada por analizar. Incluso un agente especial de Scotland Yard, había sido ya designado para aquel caso con una orden bien concreta y tajante: *«Queremos resultados antes de que terminen las vacaciones de Semana Santa. ¿Que el asunto es difícil? ¡Aguántese!»*.

Debían ser las diez de la noche cuando Katty volvió al dormitorio. Parecía bastante excitada.

—Margit, tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Ya sé dónde pueden estar los restos de la señorita Parkington.

—¿Pretendes decir que alguien la ha asesinado?

—No sólo eso, sino que he dado con vueltas al asunto y pienso que sólo hay un sitio donde pueden estar sus restos.

—¿Qué sitio?

—El invernadero.

—Katty, estás loca...

—Te equivocas; nunca he pensado con tanta frialdad. Te repito que he dado cien vueltas al asunto y me he dado cuenta de que los

policías emplearon sus aparatos en todas partes. Incluso en las jaulas de los animales, por si tenían doble fondo. También revisaron el suelo del invernadero, pero los tiestos no.

—¿Los tiestos? ¿Pero qué dices...?

—Por favor, piensa tú también. Hay allí tiestos enormes donde cabe una cabera. Y parte de un tronco humano. Y parte de una pierna. Imagina que alguien... ¡que alguien hubiese descuartizado a la Parkington! ¡No puedo creerlo, pero tal vez sea verdad! Esa persona pudo llevar los restos en un gran saco que luego quemó. Y en una noche de trabajo vació todos los tiestos grandes, puso en cada uno una parte de los restos, lo volvió a llenar de tierra y luego replantó las flores. ¡No se notaría nada! Por supuesto que debió sobrarle algo de tierra: más o menos el volumen de un cuerpo humano. Pero pudo llenar los tiestos un poco más de la normal, con lo cual eliminaría una tercera parte de esa tierra. Luego, la restante la desparramó por los bordes de los caminos. En un par de días te juro que no se nota absolutamente nada.

Katty hablaba con gran convicción, con gran excitación. Y, aunque la idea era de las que causan vértigo a cualquiera, no cabía duda de que resultaba razonable. Por lo tanto dijo, apretando las manos de su amiga:

—¿Vas a avisar a la policía?

—No quiero hacer el ridículo esta vez. Me enviarían al diablo. Ellos están muy convencidos de que lo revisaron todo.

—¿Pues entonces qué vas a hacer?

—Nadie vigila el invernadero durante la noche. Del mismo modo que el asesino pudo moverse con libertad, puedo moverme yo también. Lo que voy a hacer es muy sencillo y puedo hacerlo sola.

—¿Qué es?

—Revisaré un par de tiestos grandes. Me bastará con emplear un punzón. Si no encuentro resistencia, es que está vacío. Si encuentro resistencia, es que hay algo. En tal caso haré de tripas corazón y lo volcaré.

—Katty, puedo acompañarte...

—No, no lo hagas. Al contrario, permanece en esta habitación y cierra hasta que yo vuelva para estar más segura. Si alguien me hace daño, también te lo puede causar a ti, porque no eres capaz ni de andar. En ese caso hallarían nuestros cuerpos o no los hallarían

nunca, y no habría castigo para el asesino. Pero si tú estás bien resguardada aquí y sabes dónde he ido, puedes avisar a la policía. En ese caso lo capturarán.

—Pero, Katty, es como si tú hicieras de conejillo de Indias...

—No creo que corra ningún peligro. Docenas de veces he entrado en el invernadero a cualquier hora y ni siquiera se ha fijado nadie. Tú espera mi regreso.

Y salió.

No cabía duda de que Katty era una chica valiente. La soledad de los patios no la acongojó ni la oscuridad que la envolvía hizo mella en su ánimo. En las esquinas de los viejos edificios góticos había luces que va casi no alumbraban. Luces que eran de otro siglo. Había también sombras de todos los tamaños, lápidas conmemorativas, ventanas cerradas, rincones desiertos... Nada de eso la impresionó. Fue en línea recta hacia el Zoo y el invernadero, donde brillaban unas cuantas luces amarillentas y turbias.

Todo estaba en el más absoluto silencio.

Las dos serpientes pitón se encontraban ahora fuera. Una se movía inquieta. La otra se hallaba dormida; a la luz casi irreal de aquellos faroles, aún parecían más repulsivas.

Katty se sentía amparada por aquel silencio.

Nadie notaría que había llegado allí.

Pero no contaba con los monos. ¡Los malditos monos...! Éstos formaron una algarabía de mil diablos al verla entrar. Se pusieron a chillar enloquecidos, porque ella era una hembra y captaban su especial olor. En los aspectos malos, eran como seres humanos. Tendieron sus manos fuera de los barrotes, intentando sujetarla.

Katty no pudo evitar una mueca de asco.

Y de miedo.

Porque los monos habían demostrado ser unos excelentes centinelas para cualquiera que vigilase a distancia el Zoo. Le bastaba con oír los chillidos para saber que alguien había pasado por allí.

Eso comprometía el plan de Katty.

Pero siguió adelante.

Llegó hasta el invernadero, donde las luces eran más irreales y más turbias. Vio los grandes tiestos, todos colocados de una forma que no le pareció normal.

Tomó un pequeño punzón de los que se emplean para remover la tierra.

Ahora se arrepentía de haber Venido sola hasta allí.

El miedo la ahogaba.

Pero se había metido en el asunto y necesitaba seguir en él. Hundió el punzón en uno de los tiestos.

Le pareció notar mía resistencia, pero no estaba segura. Caso de estar sepultada allí mía mano, el punzón podía haber pasado entre los dedos.

Volvió a probar.

No, no había nada.

Pero quedaban otros tiestos. Al menos había veinte del mismo tamaño. Se dispuso a probar en el siguiente.

Y entonces oyó aquel susurro.

Hojas que se movían.

Alguien estaba apartando un gran helecho tropical.

Alguien avanzaba.

Katty contuvo la respiración mientras todos sus sentidos se ponían alerta. Tensó el cuerpo, dispuesta a saltar.

Pero otra vez se había producido el silencio.

En la atmósfera artificial del invernadero, no se captaba ni el soplo del viento. No se oía nada. La muchacha avanzó sigilosamente, con el cuerpo inclinado hacia adelante y los ojos clavados en la puerta por donde podría huir. Ahora no tenía más que un solo pensamiento: escapar de allí. Escapar como fuese...

Le pareció captar entonces otra vez un movimiento de hojas.

Se volvió bruscamente.

Miró hacia allí.

Sus ojos estaban, desencajados.

Y una especie de ronroneo partió de su garganta. No pudo gritar. No pudo moverse. No pudo pensar en su angustioso y desesperado deseo de vivir.

Porque entre las hojas estaba el encapuchado negro.

El de la película.

Con las manos enguantadas.

El cuchillo.

Y sólo dos aberturas en la capucha, a través de las cuales los ojos brillaban satánicamente.

Katty retrocedió poco a poco.

Se había llevado las manos a la garganta.

Notaba allí una presión horrible, como si la estuvieran estrangulando.

Y notaba también frío en sus huesos.

El frío de la muerte.

Las hojas fueron apartadas un poco más. El encapuchado avanzó. El cuchillo rasgó el aire con un dibujo casi artístico, casi mágico.

Y el silencio.

El silencio que lo llenaba todo.

Que lo purificaba todo.

A Katty le pareció ver una nubecilla roja que se llevaba hacia las alturas.

No se dio cuenta de que era su propia sangre.

No se dio cuenta de que la terrible cuchillada le había desgarrado el cuello.

Ni supo que moría.

Cayó blandamente sobre los tiestos cubiertos de flores.

En su caída hubo incluso cierta elegancia, cierta misteriosa gracia femenina.

Como había ocurrido también con la caída de la señorita Parkington.

CAPÍTULO XI

Walcott calculó la hora por la altura del sol, como era su costumbre. Vio que hacía un magnífico día y se dirigió al invernadero. Necesitaba comprobar si ya podía cortar las flores para Ingrid.

Cuando pasó por el Zoo, las serpientes le produjeron el mismo efecto repulsivo que de costumbre, aunque ahora sólo había una fuera. La otra mostraba apenas su cabeza por la abertura del refugio. Y la que estaba en el exterior se movía tan perezosamente que era como si estuviese muerta.

Pero no había que darle vueltas. Seguían inspirando el mismo asco.

Los monos se pusieron a chillar como condenados. Los muy carcamales chillaban más que nunca, y es que tenían comida. Parecían asustados por algo y señalaban continuamente en todas direcciones, como si tuvieran un secreto que no supiesen explicar. Pero como Walcott ignoraba las costumbres de los monos, ni podía entender nada de aquel secreto.

Se dirigió al invernadero. Lo primero que notó fue que estaba muy limpio, como si acabaran de repasar el suelo. Y eso era extraño, porque las mujeres de la limpieza no se tomaban nunca tanto interés. Pero inmediatamente olvidó aquello, puesto que al fin y al cabo no tenía tanta importancia.

Examinó las flores que pensaba ofrecer a Ingrid.

Tenían ya un magnífico aspecto. Podía cortarlas cuando quisiera. Ni que alguien les hubiera puesto abono extra.

Pero sin embargo había una cosa que no encajaba bien.

Walcott miró aquella hoja.

No acababa de tener sentido.

¿Pero era posible que...?

De pronto oyó aquellos pasos.

Unos pasos sordos y lentos.

Toc, toc... Toc, toc...

Había algo de siniestro en ellos. Algo que le ponía a uno en guardia sin que supiera por qué.

Los músculos de Walcott se tensaron.

De una forma maquinal se preparó para un ataque.

Pero cuando vio aparecer a la persona que llegaba allí no pudo evitar una sonrisa. Por un momento había pensado en algo siniestro y, en cambio, se trataba de lo más pueril del mundo. La que venía hacia él era Margit Sims arrastrando un poco su pierna enyesada y usando todavía un bastón.

—Profesor Walcott... —balbució.

—Hola.

—Necesito ha... hablar con usted.

—Parees muy nerviosa, Margit. ¿Qué le pasa?

—Adivino algo horrible.

—Bueno, no habrá para tanto, ¿verdad? Usted ya se puso nerviosa con lo de aquella película.

—Por favor, le ruego que no me tome por una visionaria.

Las manos de la muchacha temblaban. Estaba tan asustada que apenas podía hablar. Walcott trató de darle alientos con una sonrisa.

—Puede hablarme con toda libertad —dijo.

—Pues voy a hacerlo, mi amiga Katty ha desaparecido.

—¿Qué dice...?

—Sí. Ha desaparecido sin dejar rastro, como la señorita Parkington. Exactamente igual que la señorita Parkington. Usted ya sabe que Katty y yo compartíamos la misma habitación.

Me lo habían dicho.

—Pues oiga...

Y le contó la conversación. Le contó todo lo que Katty le había dicho antes de ir al invernadero. Le habló de sus sospechas y sus temores. No dejó absolutamente nada por explicar.

Walcott la escuchaba en silencio.

Estaba algo pálido. Pese a su frialdad de ánimo, aquel relato le estaba llegando hasta el fondo de los nervios.

Al fin preguntó con un hilo de voz:

—¿Y usted ha esperado toda la noche?

—Sí.

—¿Por qué no ha avisado a alguien antes?

—Porque tenía un miedo horrible. Mientras no hubiera luz natural YO TENÍA UN MIEDO ESPANTOSO A SALIR.

—¿No hay teléfono en el dormitorio?

—No.

—¿Y por qué me habla a mí ahora?

—Porque usted es la persona que me inspira más confianza. Ha sido siempre humano con las alumnas, ha sido agradable y ha demostrado sensibilidad. Pero además se da la circunstancia de que lo he encontrado aquí cuando venía a averiguar algo sobre mi amiga. Necesitaba hablar con alguien... y usted es la única persona que tengo delante en este momento.

—Comprendo, Margit.

—Por Dios, dígame qué debo hacer.

—Ante todo, pienso que una persona no se esfuma sin dejar rastro. Y voy a decirle algo más: por una razón muy íntima y muy larga de explicar, no quiero meterme en nada que pueda parecer un problema detectivesco. Ésta es una de mis convicciones más arraigadas, por lo que en este asunto debo quedar al margen. O al menos pienso que DEBERÍA quedar al margen. Pero, sin embargo, la creo de la primera a la última palabra. La creo y voy a ayudarla con todas mis fuerzas.

—Profesor, no sabe lo que esto significa para... —La muchacha tartajeaba—. Yo estoy medio imposibilitada. Yo poco puedo hacer...

—No me lo agradezca. Tengo una razón muy concreta para creer lo que me dice. Precisamente me estaba fijando en ese detalle cuando usted ha venido.

—¿Qué detalle?

El contestó sin mirarla:

—Que una hoja de esta planta tiene una pequeña mancha de sangre...

CAPÍTULO XII

Margit abrió la boca de una forma cómica.

No se daba cuenta, pero sí en este momento la hubieran retratado habría pensado al ver la foto que no era ella misma. Sus ojos se habían empequeñecido hasta parecer dos cabezas de alfiler. Su boca no era más que una «O» mayúscula.

—Profesor Walcott... —Fue todo lo que pudo decir.

—Voy a ayudarla, Margit —reafirmó él.

—¿Qué cree que debemos hacer?

—Ante todo, empecemos por lo que haría cualquier ciudadano normal: avisar a la policía.

—¿Cree usted en ella?

—No, no creo en ella. No hace mucho tiempo, en Norteamérica, me di cuenta de que un hombre está desesperadamente solo en una sociedad moderna. Me di cuenta de que todo son ventajas para los delincuentes y peligros para el hombre que aún cree en la ley. Cuando la policía no se inhibe, los jueces aplican penas ridículas, que apenas mantienen a un asesino unos pocos años en la cárcel, y luego lo dejan suelto para que pueda actuar. Habrá un momento en que será necesario tomarse la justicia por su mano otra vez, como en la ley de la selva. Si no sabe cuál fue el motivo íntimo que me obligó a salir de Estados Unidos, se lo contaré. Hay momentos en que uno necesita hablar con alguien en vez de hablar solamente con las paredes y con los viejos retratos de personas que ya no existen. Intenté aclarar el asesinato de un amigo y tropecé con el Sindicato del Crimen, con los grupos de verdugos organizados que dominan parte del país. Reconozco que me avisaron: «Si sigue metiendo las narices en esto, alguien de su familia morirá». Pero yo consideraba que mi deber seguía siendo desenmascarar a los asesinos de un amigo, y además un hombre bueno. Al cabo de pocos días moría mi único hijo. Mi esposa, Ingrid, quedó tan destrozada que hubimos de

marchar del país para cambiar de ambiente. Le juré entonces que nunca volvería a ocurrir nada parecido: que podían matar delante de mis propios ojos a mi propia madre y no movería un dedo para desentrañar el asunto. Ésta ha sido la razón de que me haya inhibido hasta el momento de una cosa que, sin embargo, me obsesionaba.

—Lo... lo comprendo muy bien —dijo Margit después de tragar saliva pesadamente—. Y le ruego, por lo tanto, que no intervenga en esto.

—Hay momentos en que un hombre debe olvidarse incluso de sus juramentos —susurró con la mirada perdida—. Avisaré a la policía, y si la policía no averigua nada, intervendré en la medida de mis fuerzas. *Miss Parkington* era una persona honrada y razonable cuya muerte no debe quedar impune. Katty era una muchacha que merecía también todo el cariño de sus semejantes. Sé *que están muertas las dos*, aunque no comprendo cómo han podido desaparecer, porque un cadáver no se volatiliza. Precisamente el problema más grave para el asesino es deshacerse del fiambre. ¿Cómo lo ha conseguido ése? No lo sé, pero tal vez la policía nos indique algo. Vamos de una vez.

Y salieron de allí.

Walcott tenía un coche bonito. Era un «Triumph» de dos plazas, descapotable, rojo. En él salieron de Boombury y se dirigieron a la pequeña estación de policía cercana.

El sargento ya empezaba a tener dolor de cabeza.

Escuchó aquel nuevo relato pestañeando a cada décima de segundo.

—¿Y dice que esa chica desapareció en el invernadero? —balbució al fin.

—Sí, y en mía de las hojas de una maceta hay una mancha de sangre.

—¿Está seguro?

—En todo caso pueden averiguarlo ustedes. Para eso les he llamado.

—Y también pueden averiguar si el cuerpo de *miss Parkington* está descuartizado en las macetas —susurró Margit—. Mi amiga Katty iba a averiguar eso precisamente, pero no debió tener tiempo porque las macetas están intactas.

El sargento palideció.

Todo aquello le parecía demasiado monstruoso para ser creído.

Pero dijo con voz vacilante:

—Iremos. Por San Patricio que iremos, maldita sea...

Y destacó un coche patrulla en el que iba también el hombre designado por Scotland Yard para investigar en aquel maldito caso. Ahora ya no trataban de disimular. Nadie se disfrazó de restaurador de edificios viejos. Penetraron en el invernadero con todo el material técnico necesario para hacer una investigación completa.

Antes pasaron por el Zoo.

Los menos seguían chillando estridentemente. Sin duda querían indicar algo que ellos SABÍAN, y Walcott adivinó lo que era. Los monos habían visto al asesino. Los monos, caso de poder hablar, le hubieran dado el nombre. Pero aquellos testigos no servían. Jamás podrían ser interrogados en ninguna parte.

Las serpientes no se inmutaron en absoluto. Una de ellas se arrastraba perezosamente y con una especie de voluptuosa lentitud. La otra estaba dentro del refugio situado al fondo de la jaula. Sumida en un profundo sopor, ni siquiera se enteró de todo aquel bullicio.

Walcott señaló la mancha de la hoja.

Ésta fue recortada para el envío al laboratorio, pero a primera vista ya no hubo duda: se trataba de sangre. Por desgracia, no había más manchas, ya que todas las hojas debían haber sido limpiadas a golpe de manguera, así como el suelo. El asesino sólo había tenido un descuido, un descuido tan insignificante que por poco pasa desapercibido a todo el mundo, pues poco más tarde la propia vitalidad de la hoja hubiera absorbido aquella mancha.

El agente de Scotland Yard se pasó la derecha por la mandíbula.

Era un hombre inteligente, pero en esta ocasión se le veía perdido. No entendía absolutamente nada.

—Sólo puedo llegar a una conclusión —dijo—. Aquí se han cometido, razonablemente, dos crímenes, Pero, fuera de eso, no puedo ver absolutamente nada que tenga sentido.

Puso un cigarrillo entre sus labios inquietos y añadió:

—Incluso he de decirle una cosa, profesor Walcott: si no llega a ser por esa manchita de sangre, el único descuido que el asesino ha tenido tal vez, no hubiera dado curso a la denuncia. Porque, vamos

a ver: ¿de dónde vino la primera denuncia? Vino de dos visionarias.

—¿Lo dice por lo de la película? —susurró Margit.

—Sí, exactamente por eso. Ustedes dieron un sentido trágico a una cosa perfectamente normal. Ustedes, si me permite decirlo, fueron simplemente dos entrometidas y dos mironas. Menos mal que el lío que armaron se aclaró en seguida.

—No veo que armáramos ningún lío —dijo Margit intentando defenderse.

—Bueno, olvidémoslo, puesto que aquel asunto quedó aclarado. Luego llega el segundo: la desaparición de la señorita Parkington.

—¿También eso es un lío? —susurró la muchacha.

—En cierto modo, sí. Ustedes nos alarmaron y nos hicieron emplear una serie de medios técnicos que hacía muchos años que no empleaba la policía de esta zona. Sin embargo, tenían razón en las apariencias: una persona se había esfumado. No obstante, hemos sabido, a última hora, que una mujer que corresponde a las señas de la señorita Parkington ha sido vista en un hotel de Brighton con un hombre. Imagine: Brighton, a poca distancia de aquí. Sin duda, esa mujer ha tenido un asuntillo sentimental después de tantos años y se ha largado a pasar unos días con un amiguete. A la edad que tiene, no vamos a perseguirla por eso. Parece que usa nombre falso y luego hemos perdido la pista otra vez, pero existe la casi absoluta certeza de que a la señorita Parkington no le ha sucedido nada malo. De modo que ese asunto también lo habíamos cerrado de momento.

Margit suspiró con alivio.

La casi absoluta certeza de que la señorita Parkington vivía, había disipado en parte su universo de horror, pero sólo en parte. Lo de Katty seguía en pie. Y el detective de Scotland Yard pareció interpretar sus pensamientos cuando dijo:

—Por lo tanto, yo ya iba a volver a Londres, dando este asunto por provisionalmente cerrado, cuando ustedes vienen con otra desaparición y con una mancha de sangre en una hoja. Lo de Katty ya no tiene tanto sentido, aunque estoy seguro de que la explicación debe ser tan simple como la de la película o la de la señorita Parkington. Oiga, señorita Sims, ¿está segura de que su amiga no tenía algún asuntillo?

Margit negó con la cabeza obstinadamente.

—Ella estaba aquí en Semana Santa porque no tenía familiares, ni novio, ni a nadie —susurró con voz dolida—. Yo estoy aquí por lo del accidente en mi pierna, pero lo de ella era mucho peor. No tenía a nadie. Y estoy segura de que a mí no me hubiese engañado. ¡No me hubiese engañado nunca! ¡Si dijo que venía al invernadero, vino al invernadero! ¡Y aquí desapareció!

—Perfecto, señorita Sims. Demos por descontado eso. ¿Pero dónde infiernos está?

—¿Quizá la hayan descuartizado! ¡Examinen los tiestos!

Walcott hizo un signo afirmativo.

—Puede parecer una solución extraña, pero también es elemental —dijo—. No cuesta nada hacer ese examen.

—De acuerdo; vamos allá.

Todos los grandes tiestos, absolutamente todos, fueron vaciados. No había en su interior ni el menor resto humano. La sospecha de Margit y de Walcott se desvanecía como el humo.

El detective no podía más. Ya tartajeaba al hablar.

—¿Pero entonces dónde está? —barbotó—. *¿Dónde?*

—Quizá tengan que usar sus aparatos otra vez —indicó Walcott—. Es posible que no les sacaran todo el partido en la primera investigación.

—De acuerdo, los usaremos —gruñó el detective—, pero ahora sin disimulo y a lo grande. Incluso perforaremos algunas paredes que en cierto modo se nos hicieron sospechosas. ¿Cuánto tiempo falta para que vuelvan las alumnas?

—Diez días —dijo una voz.

Todos se volvieron. Purcell estaba allí. Junto a él se encontraba la otra copropietaria del complejo universitario, la señorita Robles. La señorita Robles era una hermosa mujer de madre inglesa y padre mexicano, que aún conservaba una serena belleza a pesar de sus cuarenta bien cumplidos. Todas las alumnas la querían por su comprensión y su amabilidad. Pero ahora parecía vieja, gastada. Era como un mueble demasiado usado. La desaparición de la Parkington, la había puesto en una especie de disparadero moral, le había destrozado los nervios.

—Diez días —repitió con voz opaca.

—¿Cómo es posible? —murmuró el detective—. ¿No son unas vacaciones muy largas, teniendo en cuenta el tiempo que ya llevan?

Esto no es el verano. ¡Es Semana Santa!

—Nosotros no nos ajustamos al régimen universitario normal —exclamó la señorita Robles—. Ésta es una institución privada. Concedemos a las alumnas un poco más de tiempo en atención a que, durante el curso, al ser el régimen de internado, tienen que dedicar al estudio más horas y están más encerradas.

—Bueno... O sea que disponemos de diez días.

Y el inspector se dirigió hacia la salida del invernadero. Claro que antes de hacerlo miró a Purcell y la señorita Robles.

—Supongo que contamos con su autorización para perforar incluso alguna pared —dijo secamente.

—Por descontado. Hagan lo que quieran.

—¿Hay que avisar a alguien en relación con la desaparición de Katty?

—No. En este caso se trata de una alumna pensionada por el Estado. No tiene familia.

—De acuerdo, eso facilita las cosas en el primer momento. Vamos.

Y los agentes de la ley se pusieron a trabajar. Esta vez emplearon todos los medios. No dejaron por revisar ni una piedra.

Abrieron huecos en los lugares sospechosos. Emplearon *radar* y *sonar*. Utilizaron oídos aparatos acústicos de excelente percepción del eco. Usaron perros policías de finísimo olfato. Si hubiese habido un muerto en diez millas a la redonda, aquellos perros hubieran detectado su presencia.

Pero al cabo de tres días hubieron de reconocer su fracaso total. Katty no estaba allí. No estaba viva.

Tampoco estaba muerta.

Sencillamente, se la había tragado el aire.

Se la había tragado la nada.

Se la había tragado el silencio.

CAPÍTULO XIII

La mujer tenía la mirada perdida en el vacío y sus manos temblaban levemente, también ella parecía haber envejecido un poco, también ella parecía infinitamente cansada pero, sin embarro, quizá nunca se la había visto tan hermosa.

A Walcott siempre le inquietaba aquella mirada de su mujer.

Aquella mirada vacía.

Aquel mundo en el que no entraba nadie.

Aquella especie de universo secreto e inexpugnable en el que ella habitaba desde que murió su hijo.

Desde la ventana, Ingrid contemplaba cómo los policías estaban cargando sus aparatos en la furgoneta, para irse definitivamente. No cabía duda de que habían fracasado. A Katty ya no la encontrarían nunca.

¿Por qué le pareció a Walcott que en los ojos de su mujer había una chispita distinta? ¿Por qué tuvo la sensación de que se había insinuado en ellos una lucecita de triunfo?

Ingrid se volvió.

Su mirada seguía siendo opaca, como muerta.

—Wal —dijo inesperadamente—, voy a irme de aquí.

El casi saltó de su asiento. No entendía la actitud de su mujer. Durante tres días había estado quieta, como resignada, y de pronto salía con aquello.

—¿A qué viene lo de marcharte? —susurró.

—Has faltado a tu promesa.

—¿Qué promesa?

—Debe de ser por esa chica.

—¿Qué chica?

—Ella es bonita, aunque de momento tenga el defecto de la pierna. Pero cuando le quiten el yeso podrá *funcionar* otra vez.

—¡Maldita sea! ¡Habla con claridad! ¿Qué animalada estás

diciendo?

—Has ayudado a Margit descaradamente porque Margit te gusta. Me juraste que nunca más te meterías en un asunto de esta clase y has vuelto a meterte hasta el cuello. Puede decirse que eres tú el que dirige a los hombres de Scotland Yard y el que les señala los sitios donde puede haber sido ocultado un cadáver. Y yo sé por qué lo haces. Lo haces solamente porque esa chica te gusta.

—Por favor, Ingrid... No hablemos de tonterías. Tú sabes perfectamente que la desgracia que tuvimos nos ha unido más. Ambos nos necesitamos, y aunque sólo fuera por esa razón yo te sería absolutamente fiel. Y lo he sido.

—Pero todas esas zorras están enamoradas de ti.

—¿Zorras?

—Sí. La Parkington era una de ellas. ¿Crees que no me he dado cuenta? Ya algo mayor, ya un poco fondona, pero sabiendo todo lo que hay que saber. Y a ti te tenía engatusado. Además, disponía de pasta. Esto vale millones.

Walcott palideció.

—Ingrid —susurró—, no quiero tenértelo en cuenta, pero me estás insultando.

—Bueno, puede que los millones no te interesen, pero la carne fresca sí.

—¿De qué diablos de carne fresca hablas?

—¿Te parece bien la de Katty, o la quieres más tierna todavía?

—¡Ingrid, basta ya! ¡Cállate de una maldita vez, por todos los infiernos! ¡Ni que yo hubiera perseguido a esa chica!

—Tú no, pero ella te ha perseguido a ti. ¡Y ya estoy harta! ¡Harta de esa condenada situación! ¡Estoy hasta la punta del moño!

Se había puesto nerviosa, demasiado nerviosa. Estaba a punto de perder el control. Walcott quiso comprenderlo y dijo apaciguadoramente:

—Por favor, Ingrid.

Le tendía una taza de café.

Ella la derribó de un seco golpe. El líquido cayó de lleno sobre una de las butacas.

—¡Claro que estoy harta! —gritó—. Esa puerca se lió contigo, y más tarde la amigueta ha querido ocupar la plaza libre. ¡Dime que no! ¡Dime a quién fue ella a ver al invernadero, cuando se enteró de

que se había esfumado su amiga!

Walcott la miró con la boca abierta.

No lo entendía.

Nunca había visto a su mujer tan fuera de sí.

—¡Estás dando a las cosas un sentido que no tienen! —gritó—. ¡Te has vuelto loca!

—¡Muy bien! ¡Puede que esté loca, pero tú te atenderás a las consecuencias! ¡No pienses que eres el único hombre del mundo! ¡No creas que vas a ayudar a todas las chicas que se te crucen en el camino y vas a olvidarte de mí!

—Ingrid, yo no ayudo a...

Y de pronto tragó saliva. Dijo con un gesto de impotencia:

—Bien... Reconozco que estoy faltando un poco al juramento que te hice, pero al fin y al cabo son demasiadas desapariciones seguidas. Yo trabajo aquí. Todo lo que ocurra en el recinto universitario me interesa.

Tuvo la sensación de que ella, ya no le oía. Ingrid desapareció bruscamente por una de las puertas mientras gruñía:

—¡Pues atente a las consecuencias! ¡Y vete al infierno!

Sólo le faltaba aquello.

Su vida había carecido de sentido desde que su hijo murió, pero al menos quedaban dos cosas a las cuales agarrarse: su pasión por la ciencia y el cariño de su mujer. Ahora hasta eso se derrumbaba. Hasta el cariño de su mujer había quedado hecho pedazos como una taza que se rompe.

Notó que le faltaba el aire.

Y abrió la puerta para salir al *campus*.

El cigarrillo por poco se le metió en el ojo.

El inspector del Yard que estaba allí, apoyado en la puerta, no pudo disimular. Vaciló al abrirse la hoja de madera. Con expresión aturullada balbució:

—Perdone. Venía a despedirme.

Walcott rechinó los dientes.

—Sí, ya he visto que se largan, pero usted no venía a despedirse. Usted ha estado escuchando detrás de la puerta como una portera. ¿O quizá me equivoco porque estoy soñando?

El detective cabeceó.

—No, no se equivoca, pero es que no he tenido más remedio que

enterarme. Su mujer chillaba.

—De acuerdo, pero es un asunto particular. ¿O quizá le interesa mucho?

—No, no me interesa —dijo el detective mientras arrojaba el cigarrillo—. A una persona bien educada, los asuntos particulares no le interesan. ¿Pero quiere que le diga una cosa? Cierta vez leí un libro. Porque yo también leo de vez en cuando, ¿sabe? Se trataba de un relato, o mejor dicho de un estudio clínico, sobre las mujeres celosas. ¿Sabe que una mujer celosa pierde por completo el control de su mente? ¿Sabe que es capaz de matar?

Y dio media vuelta.

Walcott estaba helado.

Notaba que un estremecimiento le recorría la espina dorsal.

El detective susurró mientras se alejaba:

—Ah, y perdone por esta conversación sin sentido. Ahora recuerdo que sólo había venido a despedirme...

CAPÍTULO XIV

Faltaban sólo cinco días para que llegaran las alumnas. Las vacaciones de Semana Santa tocaban a su fin, e incluso en los recintos universitarios que dependían del Estado ya se habían reanudado las clases. Pero en Boombury todo era silencio aún, todo era quietud, mientras las clases eran rigurosamente preparadas, mientras los dormitorios recibían ropa nueva, mientras los históricos edificios góticos se disponían a recibir otra vez las risas de las muchachas que explicarían aventuras vividas en todos los lugares de Europa. Pero, por ahora, en el silencio del anochecer, en la quietud de las horas vacías, sólo parecía imperar el soplo de la muerte.

La señorita Robles entró en su despacho. Los tres correspondientes a los directores eran exactamente iguales, pero ahora uno de ellos estaba vacío: el de la señorita Parkington. Con su serena belleza meridional, con sus rasgados ojos que le daban un aire exótico, la señorita Robles, la única belleza morena de todo aquel recinto, se sentó tras la mesa. Una mirada perdida vagaba en sus ojos.

Cada vez estaba más asustada, más preocupada. El misterio que envolvía todo aquello se le hacía obsesionante. Y, como todas las noches, pidió a la centralita que la pusieran en comunicación con la estación de policía local.

Una voz desconocida dijo:

—En seguida le pongo. Un momento.

Miss Robles arqueó una ceja.

—Usted no es la telefonista —preguntó—. ¿Quién es usted?

—Ingrid Walcott.

—¿La esposa del profesor de Historia Moderna?

—Exactamente.

—¿Y qué hace usted en la centralita?

—La telefonista me ha pedido que la sustituyera un momento, para que no estuviese desatendido esto. Como somos amigas, lo he hecho gustosamente.

—Ah, bien... Muchas gracias, señora Walcott. ¿Puedo pedirle que me ponga con la policía?

—Claro que sí, con mucho gusto.

Un instante después, *miss* Robles estaba hablando con el sargento de la sección local. Y éste le daba la explicación de todas las noches.

—No, señorita Robles, no se ha vuelto a saber nada de *miss* Parkington. Estamos pensando que lo de Brighton fue una simple coincidencia, y que en realidad se trataba de otra persona, pero de momento no podemos probarlo. Seguimos buscando en todas partes, se lo aseguro. Incluso nuestras representaciones consulares en el extranjero están avisadas.

—Pero una persona no puede esfumarse así, sin dejar ningún rastro... ¡Es absolutamente imposible!

—Tengo la convicción de que volverá el primer día de las clases. Justamente porque sé que es imposible que una persona desaparezca del todo, ella aparecerá.

—¿Y Katty?

—Katty se fue con algún amigo. No se lo dijo a Margit porque quizá ambas se disputaban al mismo hombre, vaya usted a saber. Hemos analizado la mancha de la hoja, ya sabe usted, y en efecto era sangre, pero eso no significa nada. Estoy convencido de que, el primer día de clase, esa muchacha también aparecerá.

Miss Robles dijo desalentada:

—Gracias, sargento. Si no le molesta, volveré a llamar mañana. Y colgó.

Aquel conformismo de la policía la sacaba de quicio.

Estaba segura de que allí se habían producido dos asesinatos y de que ella misma corría un terrible peligro, pero no sabía precisar por qué.

Entonces el teléfono volvió a sonar.

Descolgó.

—Buenas noches —dijo una voz amable—. La llamo desde Londres. Soy el notario Malone.

—Olí, señor Malone, lo recuerdo muy bien. Dígame.

—En otra ocasión hablé con su socia, la señorita Parkington y quedamos en que me llamaría ella, pero no lo ha hecho. ¿Qué pasa?

—La señorita Parkington está de... de viaje.

—Pues es raro que no se haya acordado de una cosa tan elemental... En fin, ya saben ustedes que tenían una oferta.

—¿Los terrenos?

—Todo el conjunto... Ya lo expliqué: en la oferta estafan incluidos los edificios góticos. Hoy día los turistas ricos quieren alojarse en edificios que tengan carácter, en lugares históricos si puede ser. La sociedad que hizo la oferta calcula que dentro de pocos años ese recinto universitario estará en la zona de expansión del gran Londres, precisamente en una de las zonas más caras, y que les solares valdrán una fortuna. Por otra parte, los edificios góticos pueden llegar a ser un soberbio hotel. Yo no me chupo el dedo. Sé lo que buscan.

—Y yo también, señor Malone. Leí la oferta.

—Ejem... Pero de todos modos es interesante, y además la formalidad nos obliga a dar una respuesta. Si he de decirle la verdad, nunca he manejado cifras tan astronómicas como éstas. Les ofrecen nada menos que diez millones de libras esterlinas pagaderas en diez años. Son unos trescientos millones de dólares o unos mil cuatrocientos millones de pesetas, según como usted quiera contar. Naturalmente que ellos piensan multiplicar la cifra por cuatro en esos diez años, pero también tendrán muchos gastos de parcelación, propaganda, promoción comercial, etcétera. En fin, que crear una urbanización de primerísima categoría tampoco es tan sencillo. Yo no sé qué aconsejarles, pero la cuestión clave puede ser ésta: ¿es buen negocio esa universidad privada? ¿O no lo es? Si es mal negocio, puede interesarles a ustedes liquidar y vender. Lo digo como hipótesis.

Miss Robles vaciló.

Todas aquellas cifras la mareaban.

—Es un negocio pasable —contestó—. Podríamos ganar mucho dinero dando una enseñanza deficiente o un mal alojamiento a las alumnas, pero aquí todo es de primera, y las cosas de primera resultan caras. Cobramos mucho y también gastamos mucho. Por supuesto, poniendo los diez millones de libras a interés fijo, ganaríamos mucho más y no tendríamos que volver a trabajar

nunca.

—Pues entonces la oferta les interesa.

—Es que están también las razones sentimentales, señor Malone. Esta universidad privada la fundaron nuestros padres, los de Purcell, la Parkington y yo, los cuales también eran socios. Vender me parecería una traición.

—¿Qué opinan los otros?

—No sé; no he hablado con ellos.

—Pues hágalo aunque sólo sea por razones de formalidad. No puedo quedar mal con esa gente, sin darles ni siquiera una respuesta. ¿Cuándo me llamará?

—El primer día en que empiecen las clases.

Tenía la secreta esperanza de que para, entonces *miss* Parkington habría vuelto.

—De acuerdo —dijo el notario—. Gracias; espero su llamada. Colgó.

La distinguida belleza meridional que era la señorita Robles echó la cabeza hacia atrás, con la mirada perdida.

Todo aquello la abrumaba.

¡Y pensar que la vida allí había sido antes tan pacífica, tan sencilla! ¡Y pensar que jamás imaginó encontrarse ante un misterio de aquella clase!

La cabeza le daba vueltas.

Pensó que lo mejor sería tomar un somnífero e irse a descansar. En aquel momento sonó el teléfono otra vez.

—Hola —dijo.

—Perdone, *miss* Robles. Soy la señora Walcott.

—Ah, ¿aún está usted en la centralita?

—Sí; mi amiga aún no ha vuelto. Y quiero pedirle a usted un favor. No sé si sabrá comprenderme.

—¿Por qué no voy a comprenderla? Pídame lo que sea.

—Hace unos días que no me hablo con mi marido.

—Pues sí que es triste... El señor Walcott es un hombre encantador y dispuesto a hacer favores a todo el mundo.

—Eso es. *A hacer favores* a todo el mundo.

—Si usted sospecha que puede haber tenido relación con alguna alumna, le aseguro que no lo consentiríamos. Ésta es una institución muy seria y por eso no contratamos profesores solteros. Pero me

precio de conocer a los hombres y él es irreprochable.

—Desde un cierto punto de vista sí, y quizá yo no debiera decirle esto, *miss* Robles. Pero el caso es que estoy pasando un mal momento y lo paso *ahora*. En consecuencia, no quiero seguir durmiendo bajo el mismo techo que él.

—Me parece lamentable. ¿Pero en qué puedo ayudarla?

—Se me acaba de ocurrir que usted podría autorizarme a ocupar el dormitorio de alguna de las alumnas.

—Pues claro que sí... Aunque... Oiga, ahora que lo pienso mejor. ¿Por qué no viene a mi habitación? Hay dos camas. No tengo el menor inconveniente en que pase la noche allí, y además podríamos hablar. A veces una persona necesita desahogarse.

Hubo una vacilación al otro lado del hilo.

—Tiene razón, *miss* Robles. Cuando una cuenta sus problemas, parece que los hace más pequeños. Acepto, si no le molesta.

—Pues vaya a mi habitación y espéreme. Yo no tardo.

Colgó de nuevo.

Ya no la molestó al teléfono nadie más. La directora repasó unos asuntos, firmó un par de cartas y al final abandonó el despacho. Atravesó el campus solitario y tranquilo, donde flotaban las sombras. Los edificios con todas las ventanas apagadas parecían fantasmas muertos. Llegó a su *cottage*.

A veces aquella soledad la abrumaba.

Deseaba de verdad que las alumnas volviesen.

Encontró la puerta solo entornada, señal de que la esposa de Walcott ya estaba allí. Entró y encendió la luz. Las sombras que parecían estar agazapadas y acechando se disolvieron en el aire.

Fue a la puerta de su dormitorio.

Era extraño que Ingrid Walcott no le dijese nada. Que no hiciera acto de presencia. A menos que se hubiera acostado ya.

Abrió aquella puerta.

Tinieblas.

Silencio.

El dormitorio estaba tan oscuro como una tumba.

Ella se estremeció.

La mano que busca el interruptor.

La luz.

Y la claridad que surgía al final. La claridad que debía cambiarlo

todo... ¡y que sin embargo la sumió en el fondo del horror! ¡Le dejó en la garganta la sensación de estar tragando su propia sangre!

Porque una de las camas estaba libre.

Pero no así la otra.

En la otra se hallaba acostado alguien.

Alguien del que sólo veía la cabeza.

¡Una cabeza cubierta por una capucha negra!...

CAPÍTULO XV

La mujer sintió que sus espaldas chocaban contra la pared fría. Las manos cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo. Las piernas se negaron a sostenerla.

El encapuchado estaba allí.

La esperaba en la cama.

La aguardaba como su propia muerte.

¡Como una pesadilla del Más Allá!

Miss Robles gimió, pero el gemido no debió oírse más allá de la puerta. Hasta para eso le fallaban las energías. Con los ojos desencajados, con los músculos tensos por el horror, contempló aquella visión alucinante.

El encapuchado no se movía.

Estaba cubierto por las ropas como un durmiente cualquiera, y sólo su siniestra cabeza asomaba.

Seguía sin moverse.

La esperaba allí...

... ¡LA ESPERABA COMO LA MUERTE!

Al fin los músculos de la mujer obedecieron. Se dio cuenta de que sólo de ella dependía la salvación. Mientras sus manos arañaban el aire, dio media vuelta.

El encapuchado no la siguió.

Miss Robles vio las luces apacibles de la otra habitación. Vio la puerta exterior, por la que podía salvarse. Fue hacia ella.

Y en ese momento la rodeó la risita.

Aquella risita que parecía surgir de todas partes.

Que nacía y moría en el aire.

Se volvió con los ojos desencajados.

Tendió la mano hacia la puerta.

Pero ya no pudo salir.

Las luces se apagaron de pronto.

Las tinieblas la ahogaren, se enseñorearon del aire.

Una viscosa oscuridad la rodeó. De ésta surgió otra vez aquella risita.

La risita diabólica.

El susurro de la muerte.

Y la hoja del cuchillo se apoyó en su garganta. La risita diabólica sonó en la propia cara de la mujer, junto a sus ojos dilatados por el miedo, al lado de su cabeza que enloquecía.

Miss Robles se dio cuenta de que iba a morir. Si alguna esperanza había tenido de conservar entera la piel, esa esperanza se disipó al notar la hoja de acero penetrando en su garganta. Pero había algo más. Ella sabía que iba a morir porque acababa de reconocer aquella risita. Ahora ya conocía la identidad del monstruo. Ahora ya sabía quién era... ¡y eso se pagaba con la muerte!

Con una serenidad que a ella misma le pareció increíble, susurró:

—Puedes encender la luz. Al fin y al cabo ya sé quién eres. Y será curioso ver tu cara en el momento en que cometas un crimen más...

CAPÍTULO XVI

La luz se encendió.

El monstruo la tenía a su lado.

Y entonces ella pudo ver la cara.

Los ojos saltones.

La piel un poco sudorosa.

Purcell barbotó mientras hacía un poco más intensa la presión del cuchillo:

—¿Satisfecha?...

Purcell ya no llevaba capucha ni hábito negros. Su cara y su cuerpo aparecían por completo al descubierto. Aquella risita sorda, aquella risita lenta y crispada deformaba su boca.

Miss Robles no intentó liberarse.

Sabía que era inútil.

Pero una terrible duda la atenazaba, un interrogante sin nombre se crispaba en su garganta. Ella necesitaba SABER antes de morir.

—¿Por qué, Purcell? —susurró con un hilo de voz—. ¿POR QUE?

—Por lo que mueve todas las cosas de este mundo: por dinero. ¿Lo quieres más sencillo? ¿O te lo he de decir en otras palabras?

La tenía segura. Jugaba con ella como un gato juega con el ratón que va a morir. El cuchillo se clavó un poco más, hasta que brotó la sangre.

Miss Robles balbució:

—¿El dinero que van a darte por... por la venta de todo esto?

—Exacto. Diez millones de libras son una cantidad para hacer reflexionar, ¿no?

—Pero nosotras quizá hubiéramos ven... vendido.

—No, vosotras no. Vosotras no hacíais más que dar largas al asunto. En realidad estabais hundidas en vuestro pasado, en vuestros estúpidos recuerdos. Queríais conservar esto porque había

sido de vuestros padres. No hubierais vendido jamás.

Y añadió, mientras arrojaba unas partículas de saliva a la cara de la mujer:

—Además, no es lo mismo tener una tercera parte que tenerlo todo, muñeca. La sociedad que crearon nuestros padres, y de la que somos continuadores, establecía esto: muerto uno, heredan los otros en el caso de que el muerto no tenga hijos. ¿Recuerdas? Y tú no tienes hijos ni los tenía la Parkington. Las dos solteras... ¿Te das cuenta? El único heredero de todo esto soy yo...

—Eso quiere decir que tú... tú... mataste a...

—Sí, yo maté a nuestra amada, querida y nunca bien alabada consocia. Yo maté a esa estúpida que se había cruzado en mi camino. Lo hice cubierto con el mismo ropaje que había usado en la película porque tuve una idea.

—¿Una... idea?

—La verdad fue que lo de la película lo inicié por mi afición al cine, por puras ganas de distraerme, pero la casualidad quiso que una estúpida me viera en el momento de cometer los falsos crímenes, y que a consecuencia de ello interviniera la policía. Entonces pensé dos cosas: primera, que aquellas ropas me cubrían bien y hacían imposible adivinar mi identidad. Segunda, que las únicas que quizá podrían verme serían aquellas dos estúpidas, pero nadie les haría caso ya. Las tomarían por dos visionarias. Por eso empleé el disfraz para matar a nuestra amiga Parkington.

—¿De modo que ella está... está...?

—Sí. Aunque la policía, en su ingenuidad, haya creído encontrarla en Brighton, eso no es más que una coincidencia. Yo contaba con ella, porque cuando se busca a una persona con el mayor interés siempre acaba uno dándose cuenta de que hay muchas que se le parecen. Pero aquella mujer de Brighton era otra que nada tenía que ver y a la que no encontrarán más. A la Parkington la seguirán buscando para siempre... para siempre... Y no la encontrarán... ¡JAMÁS!

Había en su voz una seguridad indestructible. Una seguridad siniestra.

Miss Robles había dejado de sentir miedo.

Pedía más su curiosidad que su propio horror a la muerte.

—Pero entonces... —balbució—, ¿qué hiciste con ella?

—Nunca lo sabrás.

—¿Y con Katty?

—Nunca lo sabrás —repitió la voz.

—Nadie puede hacer desaparecer dos cuerpos...

—Yo sí.

—Pero entonces eso significa que están dentro del colegio...

—*Están dentro del colegio.*

—¡Es imposible! ¡Dios santo! ¡*Es imposible!*

—Eso lo averiguarás muy pronto, muñeca. Te darás cuenta de que es incluso muy fácil.

¿Qué vas a... a hacer conmigo?

—Procurar que no vuelvas a estorbarme. Procurar que tu desaparición me convierta a mí en heredero al cabo de un tiempo. Y procurar que la policía no logre acusarme jamás, porque jamás aparecerá tu cuerpo.

La mujer sentía la sangre en su boca. Su propia tensión la ahogaba. Haciendo un esfuerzo espasmódico, murmuró:

—¿Por qué mataste a Katty?

—Porque ella estuvo a punto de descubrir la verdad. Tuve la sensación de que acabaría dando con ella.

—¿En el invernadero?

—¿Y qué importa, querida? ¿Y qué importa...? Después de haber visto en tu cama un cuerpo formado por dos almohadas y una capucha negra, ¿qué más da creer una cosa u otra? ¿Dónde está la verdad, preciosa? ¿Cuál es la respuesta que ya no tendrás nunca?

Y puso atrevida y soezmente una mano en una parte íntima de la mujer.

Entonces ella se dio cuenta con horror de que además era un maniático sexual.

De que ella le gustaba.

Una lucecita de esperanza, una lucecita febril, angustiada, apareció en sus ojos. Era terrible, pero si... ¡si con eso pudiera ganar algo de tiempo! ¡Si pudiera escapar! ¡Si tuviera una ocasión de...!

No, no la tuvo.

Quizá el sexo le gustaba a aquel hombre.

Pero más le gustaban diez millones de libras.

Hundió el cuchillo hasta el fondo de la garganta de *miss* Robles.

Lo hizo suavemente.

Casi delgadamente.

La degolló de un solo golpe.

Y luego inclinó el cuerpo con brusquedad sobre un enorme tiesto donde había plantados dos *figus* para que la tierra absorbiera la sangre. Dejó que ésta se derramara a chorro. Casi cinco litros sobre la tierra.

Ésta la absorbió lentamente.

Empezó a deslizarse incluso por la parte inferior del tiesto.

Todo olía de una forme extraña.

Pero el asesino no se inmuto. Dejo en el suelo el cuerpo que ya no sangraba y buscó una bayeta y un cubo de agua. Con ambas cosas, fue recogiendo la sangre que salía por debajo del tiesto y limpiando el suelo. Al cabo de unos minutos la tierra dejó de filtrar. Entonces él la regó con agua limpia.

Un líquido rojizo apareció por debajo.

La tierra ya estaba empapada y lo devolvía todo.

Repitió la operación, limpiando cuidadosamente. Cambió el agua dos veces para que todo quedara perfecto. Luego escurrió la bayeta bajo el grifo del baño. Volvió a verter agua limpia en el tiesto. Repitió la operación.

Fue media hora febril.

Pero al fin consiguió que a primera vista, nadie pudiera notar nada allí. Sobre todo dejó bien limpios, a base de chorros de agua, la bayeta y el cubo. Por fin dirigió una última mirada a los *figus*, que morirían poco después Pero, cuando eso sucediera, ya nadie lo relacionaría con la desaparición de *miss Robles*.

Le quedaba el cadáver.

Pero ése no era ningún problema grave para él, porque disponía de toda la noche. Hasta la mañana siguiente no empezaría a notarse la ausencia de la directora. Con las luces apagadas, la sacó por la puerta trasera y se perdió entre las tinieblas del bosque que había detrás del *cottage*.

Nadie podía verle.

Desapareció con su siniestra carga.

Se lo tragó la noche.

CAPÍTULO XVII

—Hola, buenos días, Ingrid.

—Hola, buenos días, Purcell.

Los dos se habían saludado alegremente. Purcell atravesaba el campus con sus palos de golf, su equipo última moda y su aire desenvuelto. Ella también llevaba unos palos para practicar el mismo deporte, pero además llevaba otras cosas. Como, por ejemplo, aquellos cortísimos *shorts* que mostraban en toda su esbeltez las magníficas piernas. Y aquel suéter casi transparente que se dejaba atravesar por los senos potentes, agudos, duros, de muchacha de diecisiete años.

Purcell tragó saliva.

Siempre le había gustado aquella mujer.

Mucho.

Hasta había pensado que él, con dinero largo, podría convencerla para hacer un viajecito juntos.

Y encima había oído decir que estaba de punta con su marido.

Todos estos pensamientos cruzaren como un rayo por la mente de Purcell, pero en seguida los alejó. No le convenía meterse ahora en problemas relacionados con el sexo. Ya que habían coincidido para jugar al golf la acompañaría pero nada más.

Y encima había otra cosa.

Antes del amanecer había recordado que la capucha aún estaba en la almohada del dormitorio de *miss* Robles. Con las primeras luces, volvió a entrar y se la llevó. Eso le hacía sentirse algo nervioso, aunque estaba seguro de que nadie le había visto.

Llegaron a los extensos campos que se perdían de vista en una de las zonas más elegantes del norte de Londres. El preguntó riendo:

—¿Me desafía?

—¿Y por qué no? —dijo Ingrid, riendo también.

—Le advierto que soy un buen jugador.

—Y yo no soy mala, Purcell.

Le llamaba así, «Purcell», del modo más familiar del mundo, como si hubiera algo entre los dos. El sintió un estremecimiento que parecía iniciarse en sus párpados y terminar en su médula.

Era feliz.

Bruscamente era feliz.

Sí. ¿Por qué no serlo?

Rico y seguro de sí mismo, con diez millones esperando detrás de la primera esquina, jugando en solitario con una mujer a la que su marido no había sabido comprender...

—Me parece que estás muy sola, Ingrid —dijo suavemente.

—Quizá lo esté.

—¿Culpa tuya?

—Yo diría que no.

—Hay hombres que no saben lo que tienen —murmuró él significativamente.

Y dio un golpe a la bola.

La envió mal. La clavó en una hondonada llena de arena de la que iba a ser difícilísimo sacarla.

Ella bisbiseó:

—Mala suerte.

Y lanzó también.

La misma hondonada de arena.

¿Era mala suerte igualmente? ¿O lo había hecho con intención? Ella sabía jugar; eso se notaba en su estilo. El mal golpe sólo se debía a una razón; deseaba que fueran juntos, de una manera natural, a un sitio donde nadie pudiera vigilarlos.

Purcell tenía la boca seca.

¡Cómo le gustaba aquella mujer!

¡Y cómo se movía!

¡La muy maldita...!

Los insignificantes *shorts* parecían ir a romperse bajo la presión de los muslos. Ingrid era una tentación viviente, era una diosa de carne.

Mientras andaban hacia la hondonada contigua al bosque, Purcell musitó:

—¿Hace tiempo que no vas a Londres?

—Ni siquiera lo conozco bien. Y eso que está tan cerca.

—¿Tu marido no te lleva?

—Mi marido siempre está estudiando.

El sonrió de soslayo.

—Los maridos que siempre estudian son unos pesados —sentenció—. Se hunden en el estudio del pasado y no se dan cuenta de lo que tienen en el presente.

—Es verdad, pero ¿quién se lo dice?

—Alguien tendría que demostrárselo.

—Sí, pero ¿de qué modo?

El dijo con voz opaca:

—Puedo llevarte a Londres esta tarde.

—Esta tarde no.

—¿Por qué?

—Él lo notaría.

Era toda una complicidad. Era un «sí» con todos los pronunciamientos favorables. Purcell sintió que vibraban hasta sus nervios más secretos.

—Tendrá que ser mañana —dijo ella.

—Te sientes muy sola, ¿verdad?

—Demasiado.

—Y no es bueno que una mujer esté sola.

Ella le miró con los ojos entornados.

Su busto palpitaba. Sus piernas se habían entrecruzado en una postura lánguida. Era obsesionante.

—No, no es bueno —declaró.

—Te llevaré a Londres mañana.

—Habrá muchas cosas que ver allí...

—Quizá no las veamos el primer día. Hace falta tiempo para... todo.

Ella seguía sonriendo.

Tenía algo de diabólico. Como de niña perversa. Como de esfinge que quiere desvelar su misterio. Como de mujer honrada que juega a ser zorra. La más pervertida de las zorras.

—Por supuesto que sí —dijo—. Para todo.

Habían llegado al fondo de la hondonada. Las bolas estaban allí, pero nadie se acordaba de buscarlas. Sólo sabían que nadie podía verles, sólo sabían que estaban ocultos, que se estaban mirando a los ojos.

El dijo secamente:

—Ingrid...

Y la besó en la boca.

Buscó su cuerpo.

Su cuerpo tenso como un arco. Joven. Lleno de vida, lleno de ansias secretas que un hombre demasiado reflexivo no había sabido satisfacer.

—Ingrid...

La segunda vez el nombre ya casi no sonó. Purcell tenía los labios demasiado ocupados en aquellos otros labios húmedos, frescos, jugosos.

Quizá las cosas hubieran llegado más lejos. Quizá la partida de golf se hubiera transformado en otra clase de partida. Al menos dio la sensación de que podría ocurrir así.

Pero de pronto los dos volvieron la cabeza.

Vieron a la mirona que se alejaba. La vieron arrastrar por el césped su pierna a la que ya habían quitado el yeso, pero todavía medio rota.

CAPÍTULO XVIII

Ingrid entró en la habitación. Era una de las salas de la biblioteca que estaban siendo ordenadas y donde se apilaban todavía montañas de libros. La luz suave de la tarde penetraba por los ventanales góticos.

—¿Quién me ha llamado...?

Alguien la había telefoneado para que fuera allí. La hermosa casadita se deslizó junto a los libros. Miró con los ojos entornados.

Y el puño saltó hacia su mandíbula.

—¡Puerca!

Ingrid se tambaleó. El puñetazo no había sido demasiado fuerte, pero sí certero. La hizo vacilar. Casi a punto de caer, miró con ojos desencajados a la chica que tenía enfrente.

Su voz despectiva preguntó:

—¿Qué te importa esto a ti, Margit?

—¡Claro que me importa! ¡Me importa porque Walcott es uno de los hombres más honrados y más sinceros del mundo! ¡Y tú le estás engañando como una guarra!

—Tú no eres más que una mirona. Margit. Una mirona como tu maldita amiga Katty. ¿Qué hacías espiando en el campo de golf?

—No espiaba.

—¿Pues qué hacías? ¿Plantabas lechugas?

—Ha sido una casualidad.

—Siempre «por casualidad» las mironas os enteráis de todo. Pero eso a ti no te importa. ¿Has entendido? ¡No te importa nada! ¡Yo hago lo que quiero con mi matrimonio! ¡Mi marido *es mío*! ¡Mi honor *es mío*! ¡Mi vergüenza *es mía*! ¡Si quiero partírlas en pedazos, los parto! ¡Si quiero pisotearlos, los pisoteo! ¡Ya estoy harta de los convencionalismos, de soportar mis ansias, de ser lo más inútil que se puede ser en este mundo: una mujer respetable!

Estaba como enloquecida. Los ojos se le salían de las órbitas

mientras hablaba, y en sus labios vibraba la rabia. Margit Sims la miró con horror.

Jamás creyó que pudiera haber un vacío tan espantoso en el alma de aquella mujer.

Jamás pensó que un matrimonio que había sido feliz pudiera degenerar en *aquello*.

—Me das náuseas —escupió.

—¿Por qué, pequeña?

—¡No me llames «pequeña»!

—Bueno, pues entonces te llamaré «señorita Sims». Contesta: ¿por qué, señorita Sims? ¿No será acaso porque estás enamorada del señorito Walcott?

—Entre él y yo nunca ha habido nada...

—¡Mientes! ¡Tú eres más guarra que yo!

Margit adivinó entonces, con un sentimiento de lástima, el porqué de aquella reacción. Ingrid estaba celosa, se sentía frustrada y quería hacer de su capa un sayo, como vulgarmente se dice. Un sentimiento pasajero y estúpido la llevaba a un abismo del que ya no sabría salir.

Volvió la espalda.

Se sentía asqueada.

—Creo que voy a decírselo al profesor Walcott —murmuró.

—No te atreverás, mirona asquerosa.

—¿Que no me atreveré?

Y Margit salió arrastrando su pierna aún dolorida. Fue directamente al sitio donde Walcott preparaba sus apuntes.

El papel de mirona no era simpático. El de chivata menos. Pero había otro papel que le gustaba menos aún: el de alcahueta.

¡Pues claro que se lo diría...!

Purcell avanzó hacia su coche, en la penumbra del garaje. Estaba anocheciendo ya y él contaba las horas que faltaban para su viajecito a Londres, a la mañana siguiente. Quería estar seguro de que el vehículo no iba a fallar, y pensaba darle un pequeño repaso para que no lo estropease todo con una inoportuna avería. Además, había algo que también quería revisar.

La camioneta blanca del Zoo.

Estaba perfecta. En su sitio.

La abrió, la volvió a cerrar y se guardó la llave, una vez satisfecho de la inspección. Luego avanzó hacia su coche.

Comprobó el nivel del aceite, el del agua y el del líquido de embrague y frenos. Todo rutinario, pero indispensable. Luego puso en marcha el motor. Ronroneaba a la perfección y no había motivo para que hiciera el tonto a la mañana siguiente.

Fue a salir.

Y en la puerta se recortó la sombra.

Aquella sombra alta.

Fuerte.

Casi atlética.

Pero Walcott no le inspiraba ningún miedo. Un hombre que no es capaz de conservar a su mujer no da miedo a nadie. Sólo al ver su cara ya se dio cuenta de que él sabía más cosas de las necesarias, pero de todos modos no se inmutó.

—Señor Purcell, necesito hablar con usted —dijo Walcott.

Le llamaba «señor». Seguía siendo un pobre tímido, un idiota. «Señor» por aquí, «señor» señor allá. Aquella clase de pájaros no llegaban a ninguna parte.

—Bueno, pues hábleme.

—Usted...

Purcell le cortó bruscamente.

—Le ha hablado aquella sucia mirona, ¿verdad? —preguntó.

—¿Qué sucia mirona?

—Margit Sims.

—La señorita Sims me ha informado de una cosa muy molesta, si me permite decirlo.

—¿Ah, sí?

—Usted no se va a acercar más a mi mujer. No la va a mirar a la cara.

Purcell rió sordamente. Nunca se había sentido tan seguro de sí mismo. Dan mucha confianza tres asesinatos que nunca serán descubiertos y diez millones de libras esterlinas a la espalda.

—Es ella la que me mira a mí, amago —dijo—. Y además ya es mayor de edad. Y sabe ventear a un macho. En todo el tiempo que lleváis casados, a ti te habrá venteado muchas veces, pero de macho nada.

Walcott rechinó los dientes.

Estaba claro que no podía más.

Fue a disparar el puño derecho, pero lo hizo sin demasiada gracia. Sin ninguna gracia, vamos. Y encima fintó mal. Dejó tan al descubierto su mandíbula que Purcell no tuvo más que disparar su derecha.

Fue un gancho de los que levantan a un hombre.

Purcell no era un alfeñique, desde luego.

Y le había cazado bien.

Walcott giró sobre sí mismo, apretó los labios desencajados por el golpe, se tragó su propia sangre y cayó junto las ruedas del coche. Su K. O., fue de los que hacen que a un boxeador la saquen del *ring* entre cuatro.

Purcell se frotó les nudillos.

—Estoy en forma —dijo—. No sé porque algo me dice que mañana una mujer va a quedar satisfecha...

Y salió de allí. Las sombras del campus le rodearon. Como todas las noches, aquéllas eran unas sombras siniestras.

Pero a él no se lo parecieron.

Al diablo con las aprensiones.

¡Hacía una noche estupenda...!

CAPÍTULO XIX

La una de la madrugada.

Purcell miró la hora en su reloj luminoso y luego se deslizó fuera de la casa. Todo estaba tranquilo, quieto y silencioso, quizá más quieto y silencioso que en cualquier otra de las noches anteriores. Ni un soplo de viento hacía oscilar las hojas. Las escasas luces del campus habían sido apagadas por él mismo intencionadamente, de modo que no se filtraba el menor resquicio de claridad hasta el camino que él iba a seguir, y que conocía a tientas como un topo conoce su guarida.

Lo primero que hizo fue ir hacia el garaje.

Siempre en la más completa oscuridad.

Walcott ya no estaba allí, por supuesto. Después del K. O., habría ido a cualquier sitio donde pudiera ocultar su decepción y su vergüenza. Por lo tanto, Purcell pudo simplemente proyectar su lapicero-linterna hacia la furgoneta del Zoo, convencerse de que todo seguía bien y subir a la cabina.

No encendió las luces.

Conocía muy bien el camino.

El motor era supersilencioso y la furgoneta oscura, de modo que nadie la vería en la noche. Ni la oiría tampoco. Pero en el supuesto de que no ocurriera así, tampoco nadie se extrañaría de que diera de comer a los animales durante la noche. Como encargado de las enseñanzas de Ciencias Naturales, y por lo tanto del Zoo, lo había hecho así durante mucho tiempo.

Se deslizó entre la oscuridad hasta llegar a la entrada del Zoo. Penetró con la furgoneta en él. Más allá estaban las luces amarillas, fantasmales, del invernadero, que apenas rasgaban las sombras.

Todo parecía misterioso y lejano, todo parecía flotar en la atmósfera de un planeta desconocido. Diríase que aquél no era el recinto universitario, que no era el mismo sitio donde, dentro de

algunos días, docenas de alumnas vendrían a hacer experiencias con sus minerales. Aquél parecía otro mundo, otro aire, otro tiempo.

Purcell se movió como un fantasma más.

Notaba el aliento caliente de los animales al acecho.

Sabía que los monos le estaban mirando, pero los monos no chillaban al entrar él. A la hora de la comida guardaban un respetuoso silencio. Pegados a los barrotes, le miraban con ojos asombrados, clavaban en él sus pupilas inútiles de testigos que jamás podrían hablar.

Purcell se deslizó hacia la parte posterior de la jaula de las serpientes. Utilizó la llave que abría el refugio donde éstas podían ocultarse, y donde existía capacidad para las dos.

Pero ahora sólo cabía una.

Y la razón era sencilla:

Estaba monstruosamente hinchada.

Su cuerpo deforme aún conservaba en parte la estructura humana que se descomponía en su interior. El cuerpo de Katty, que había tragado con parsimonia, con repugnante lentitud, con asquerosa sabiduría, hasta encajarlo bien entre las costillas que casi se rompían. Allí el cuerpo que al principio pareció ir a abrir en dos el vientre de la pitón, se había ido empequeñeciendo, había ido perdiendo su forma, había ido pasando al reino de la nada mientras la digestión del reptil seguía su camino. Y mientras la digestión durase, el reptil, terriblemente hinchado, no podría salir del refugio. Ni el otro podría entrar, a menos que se esforzase mucho. Habría uno dentro y otro fuera. Pero eso a nadie le extrañaría.

Bastaba con dar el cuerpo a devorar en el interior del refugio de las pitones.

Una vez devorado, la que se había propinado el monstruoso banquete ya no podría pasar por el hueco que daba a la jaula de cristal sin haber hecho la digestión.

En eso se tardaban días.

Por eso una serpiente había devorado a *miss* Parkington. Y había tenido que transcurrir un tiempo.

Por eso su compañera había devorado a Katty. Pero para la digestión de Katty aún no existía el suficiente margen.

En consecuencia, la pitón todavía hinchada que estaba dentro no podía salir. Y si hacía que su compañera tragase el cadáver de *miss*

Robles que estaba dentro de la furgoneta (para lo cual no había dado de comer al reptil en todo aquel tiempo), los dos asquerosos ofidios quedarían dentro y eso podía extrañar a la gente.

Pero era un riesgo que necesitaba correr.

Se trataba sólo de un par de días como máximo. O quizá de uno solo.

Por eso él había pensado conservar el cuerpo de su última víctima en la furgoneta durante veinticuatro horas, aprovechando la circunstancia de que el vehículo era frigorífico. Pero no se atrevía a dejarlo allí mientras iba a Londres con Ingrid. Y tampoco era cuestión de perder aquella oportunidad que Ingrid le brindaba, y que quizá no se repetiría. En especial ahora que lo sabía su marido.

Todo aquello había adelantado los acontecimientos. Ahora él tenía que... ¡ACTUAR!

Sacó el cuerpo poco a poco.

Lo tenía muy bien, envuelto en una sábana limpia. Lo arrastró en silencio por el camino que conocía muy bien. Un mono histérico lanzó un par de chillidos, pero los otros, como si tuvieran conocimiento, le obligaron a callar inmediatamente.

El aire parecía haberse estancado.

Las agujas del reloj habían dejado de girar. El tiempo no existía.

Palmo a palmo, él arrastró el cadáver.

La serpiente hinchada no se movió, pero la otra, que estaba hambrienta de nuevo pese al banquete de días anteriores, pasó sinuosamente al interior del refugio de cemento. Un hedor espantoso se desprendía de los excrementos y las babas amontonados allí. El bicho ya conocía el camino para darse un nuevo banquete. Las pitones preferían presas vivas, pero estaban habituadas a comer animales muertos desde que nacieron. Además, la que ahora acababa de entrar se sentía terriblemente hambrienta.

Sus fauces se abrieron.

Sus ojos brillaron diabólicamente.

Purcell tiró bruscamente de la sábana para dejar al de cubierto el cadáver.

Y entonces vio aquellos otros ojos.

Los ojos que estaban abiertos.

Vio aquellos otros labios.

Los labios que palpitaban.

Vio aquellas otras manos.

Las manos que iban hacia él.

Les ojos, los labios y las manos de... ¡De INGRID WALCOTT!

CAPÍTULO XX

La propia Muerte presentándose ante él no hubiera causado aquella espantosa impresión en el ánimo de Purcell. Una momia con su propia cara no le hubiese causado más horror. Sintió que todo daba vueltas en torno suyo y que sus rodillas vacilaban. Con un gesto de pánico, de inseguridad, de flaqueza, fue a dar media vuelta para huir de allí, para hundirse de nuevo en las sombras donde estaba el único mundo en que aún podía sentirse seguro.

La voz dijo entonces metálicamente, surgiendo desde la penumbra:

—Hace una hermosa noche, hermano.

Purcell se volvió del todo.

Sus dientes chirriaron.

Su puño derecho salió disparado con la rabia que sólo da la desesperación.

¡Y cazó de nuevo a Walcott!

¡Pareció destrozarle la mandíbula, como parecía habérsela destrozado antes!

Pero ¿por qué Walcott no se movió esta vez? ¿Por qué dio la sensación de que no se enteraba siquiera? ¿Por qué no cayó...?

—Mi K. O., anterior ha sido la comedia más abyecta que he hecho en mi vida —masculló Walcott—. Pero esto no lo es.

Y disparó sus dos puños casi a la vez.

Fue un
uno-dos
alucinante.

Fue un par de golpes de los que envían a un enemigo fuera del *ring*.

Cayó entre la inmundicia de las serpientes donde antes había estado Ingrid, que ya se había deshecho de la sábana para salir ágilmente de allí.

Cayó junto a la cabeza de la serpiente.

—Había algo que tú no podías prever —dijo Walcott bruscamente—: una sola cosa. Tú no sabías que mi mujer, al sustituir a la telefonista por casualidad, había escuchado la conversación con el notario Malone, de Londres. Y que su mente ágil conoció en seguida unos datos que la policía no tenía aún y que le permitieron llegar en seguida a la deducción de cuáles podían ser las causas de aquellos crímenes. Inmediatamente se trazó un plan: *miss* Robles le podía dar más datos en una larga conversación, pero para eso necesitaba un buen pretexto. Lo encontró usando algo que era en parte verdad: nuestro matrimonio pasaba por una pequeña crisis. Como esperaba, *miss* Robles la invitó a visitarla. Ingrid llegó un poco tarde a la casa y ya no encontró ni a la directora ni su cadáver, pero sí que pudo ver una extraña capucha en una almohada, imitando a una especie de espectro acostado en la cama. Lejos de impresionarse, aguardó hasta el amanecer, oculta en las cercanías, y te vio llegar a ti. Entonces buscó su oportunidad: todo estaba claro en su mente. Por fin conocía las causas exactas de lo ocurrido, pero no te había visto cometer el crimen ni existían bases para acusarte, puesto que tampoco podía entender dónde estaban los anteriores cadáveres. Ése era un misterio impenetrable y que lo desvirtuaba todo. En consecuencia se hizo la contradicha contigo cuando ibas al golf, pero previamente había citado allí a Margit Sims, de modo que Margit tenía inevitablemente que descubrirlos cuando ella se dejó besar. ¿Por qué lo hizo? Para que tú no tuvieras más remedio que precipitar los acontecimientos. Y también para que Margit os viese y me avisara a mí. Había que contar con el carácter de esa mirona. Se mete en todo; lo cuenta todo. Lo malo es que a su amiga eso le costó la piel.

Miró con repugnancia la hinchada serpiente y añadió:

—Cuando Margit me contó aquello, yo supe en seguida que allí había algo que no era lo que parecía. Y, en efecto, Ingrid me lo contó; me dio a conocer su jugada, su sacrificio y su asco, porque era asco solamente lo que tú le inspirabas, Purcell. Me pidió ayuda para descubrir el cadáver de *miss* Robles y lo descubrimos, porque ése no habías tenido tiempo aún de hacerlo desaparecer. Pero queríamos una acusación completa, queríamos cazarte con las manos en la masa y por ello Ingrid rizo el último sacrificio: ocupó el

lugar de la muerta. Ahora no tienes salvación, cerdo asqueroso... ¡ahora vas a tener el privilegio de conocer una caricia que muy pocas personas conocen en este mundo! ¡La caricia de la cuerda!

Purcell, ciego de horror, intentó levantarse a pesar de los terribles golpes recibidos, pero un cruzado demoledor le envió de nuevo hacia atrás. Uno de sus pómulos quedó destrozado. Pero no fue sólo eso lo que le hizo lanzar aquel chillido de horror.

No, no fue sólo eso.

Porque el propio Walcott también lanzó un chillido de horror como si no quisiera creer lo que estaba viendo. Porque advirtió que las fauces de la serpiente hambrienta se cerraban... ¡sobre la cara de Purcell!

¡Iba a tragárselo vivo!

¡Y empezando por la cara!

El doble grito de horror llenó la noche.

Pero nadie pareció oírlo en el silencio sepulcral del campus. Sólo los monos se pusieron a chillar como locos. Walcott, desesperadamente, se puso a tirar como un poseso de los pies de Purcell, para rescatarlo de la serpiente.

Pero pocas cosas son tan sólidas como las fauces de una pitón.

Pocas presiones hay que puedan compararse a la presión estrujadora de su boca.

Y, además, al tirar Walcott, la serpiente también avanzaba, de modo que los esfuerzos del hombre eran inútiles. Al fin, el siniestro chasquido que se produjo entre los dientes del ofidio hizo comprender a Walcott que se habían roto todos los huesos del cráneo de Purcell.

Ya no valía la pena luchar.

El asesino ya no se daba cuenta de nada.

Ni de que se había convertido para la pitón en un reconstituyente de primera clase.

Y Walcott hubo de dar media vuelta.

Necesitaba salir de allí.

A pesar de su hombría, sentía vértigo.

—Vamos —dijo—. Hay que llamar a la policía. Ahora todas las pruebas están «frescas». Antes del amanecer el asunto estará aclarado.

Y atrajo a la mujer hacia sí mientras se alejaban.

La atrajo con cariño, con devoción.
Con la emoción de una vida nueva que vuelve a comenzar.
Ingrid dijo con un murmullo:
—Cuidado... No abuses. Que Margit nos estará mirando...

FIN

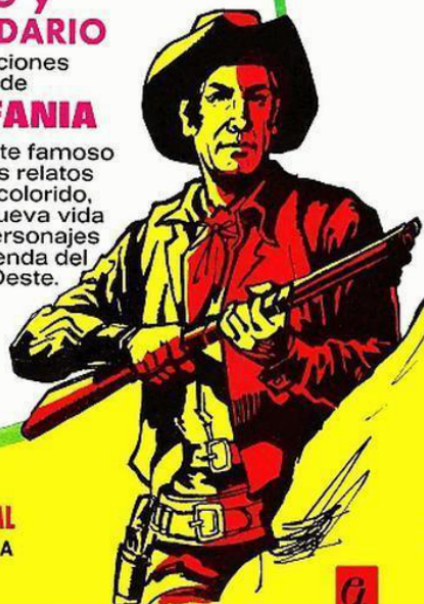
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

